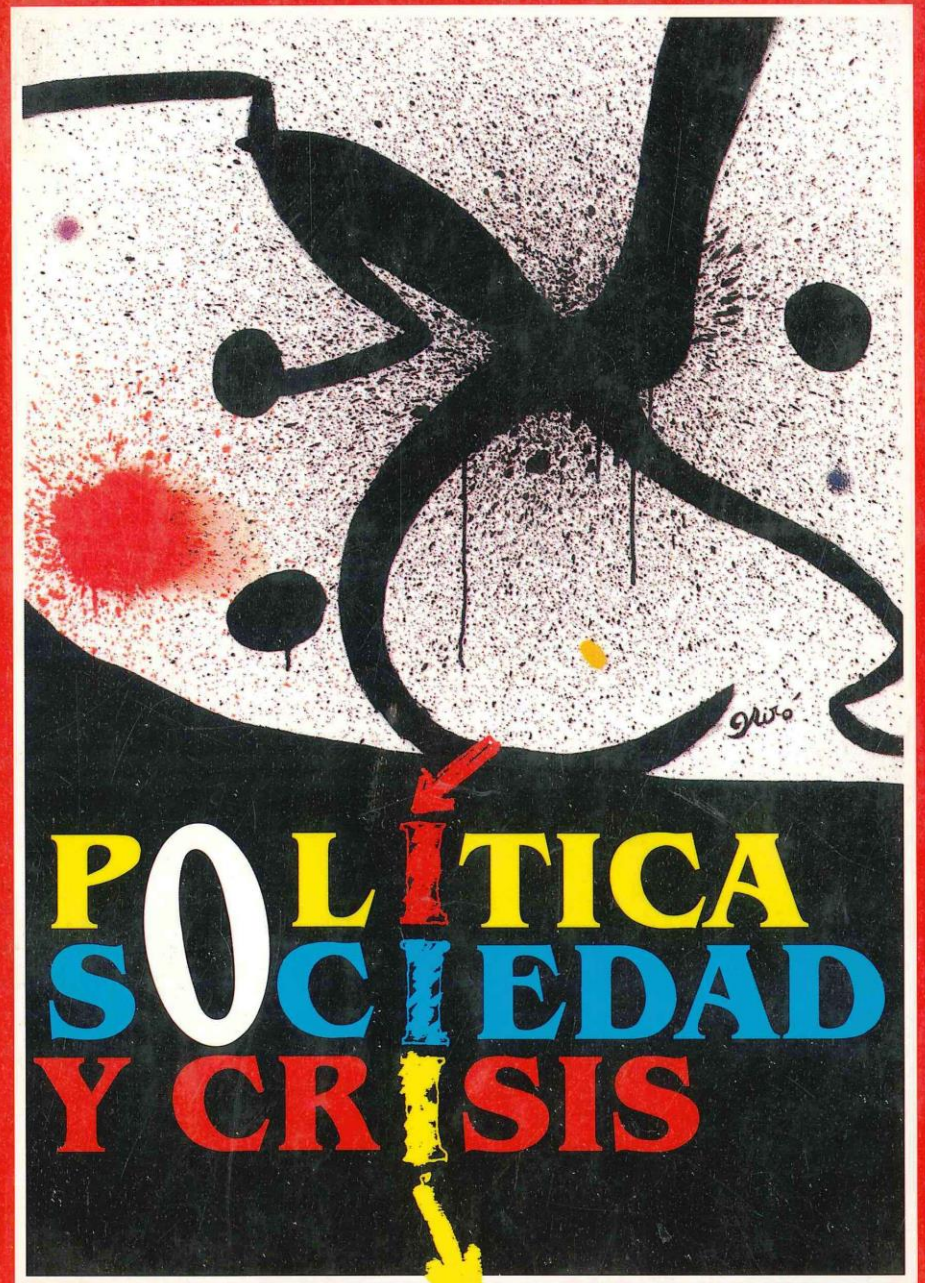




INSTITUTO
POPULAR DE
CAPACITACIÓN

"Promoviendo el protagonismo ciudadano"



RA
LECTURAS

 INSTITUTO
POPULAR DE
CAPACITACIÓN

POLÍTICA
SOCIEDAD
Y CRISIS



PRESENTACIÓN

Para nadie constituye un secreto, que actualmente nuestra sociedad global atraviesa por un periodo de veloces y profundas transformaciones, que como nunca antes, afectan la política y las formas históricas de su concreción moderna.

Pero una cosa es afirmar la existencia de la crisis y otra muy distinta el intentar develar las causas y potencialidades que subyacen a la misma.

Ello cobra aún más vigencia, en un país como Colombia, que tradicionalmente cerrado al mundo, se descubre de un momento a otro, haciendo parte de la aldea global y de sus contradicciones. Empero, esta relación con lo internacional, no es nada nuevo. La novedad radica más bien, en los esfuerzos que se vienen realizando en la presente década, desde diferentes ámbitos académicos, por comprender el significado y concreción de dicha "crisis de civilización" en nuestro país.

En tal dirección, se sitúan los trabajos aquí recogidos. Son el fruto de procesos investigativos y reflexiones particulares, que sin embargo convergen en el interés de profundizar en el análisis y ofrecer una perspectiva crítica para avanzar, no sólo de manera expectante, ante el complejo devenir histórico.

El ensayo de Omar Urán, "Fragmentación social y cri-

Consejo Editorial

Jesús Balbín
Juan Bernardo Rosado
César Augusto Muñoz Restrepo

Coordinación Editorial

César Augusto Muñoz Restrepo
Comunicaciones I.P.C.

Impresión

Pregón Ltda.

Portada: "Pájaro, Insecto,
constelación" Joan Miró, 1974

© Instituto Popular de Capacitación -I.P.C.-
Calle 59 N° 45-24 Tels: 2541235 - 2544931 Fax: 2543744
A.A. 9690 Medellín - Colombia, 1995

sis de la política", avanza en el intento por explicar relevantes fenómenos sociológicos contemporáneos y cómo ellos inciden en el surgimiento de problemáticas globales en el orden de lo político y cultural, con la capacidad, no sólo de transformar las estructuras políticas tradicionales, sino también el sentido de la vida misma de individuos y comunidades.

El trabajo de María Teresa Uribe, "La política en tiempos de incertidumbre", se adentra en las implicaciones que la crisis global de la política comportan para el Estado, los partidos y los tipos de demanda y movilización de los ciudadanos, con un particular énfasis en las posibilidades que ello representa para el cambio de representaciones y prácticas políticas en Colombia.

Por su parte, Jorge Salazar, nos ofrece un escrito titulado "Hipótesis para una interpretación de la situación política actual de Colombia", en el cual se parte de la constatación de una crisis mundial de civilización, para avanzar luego en cómo influye ésta en los problemas de identidad y constitución como nación de Colombia, efectuando para ello un breve recuento de los sucesos políticos más significativos del país.

Por último, Jorge Andrés Hernández, nos presenta su ensayo "Ética Católica y ética civil" donde efectúa una radical crítica al influjo negativo que la tradición hispano-católica, ha tenido sobre la política en Colombia, en tanto no ha permitido asumir totalmente una ética civil y secular, cuestión esta que se manifiesta patéticamente en la contradicción que existe entre el fervoroso ánimo católico de los colombianos y las enormes cifras de violencia y muerte en nuestro país.

Esperamos aportar de esta manera, al debate político e intelectual en Colombia y consecuentemente ir haciendo menos opaca esa crisis de política y sociedad que nos cobija.

Los Editores

CONTENIDO

Entre la Masa y la Subcultura:	7
Fragmentación social y crisis de la política Omar Alonso Urán Arenas	
Hipótesis para una interpretación de	61
la situación política actual de Colombia Jorge Salazar García	
Ética Católica y Ética Civil	101
Jorge Andrés Hernández Vásquez	
La Política en tiempos de incertidumbre	113
María Teresa Uribe de Hincapié	

ENTRE LA MASA Y LA SUBCULTURA:

Fragmentación social y crisis de la política

Omar Alonso Urán Arenas
Sociólogo-Investigador
Área de Participación y Desarrollo
Instituto Popular de Capacitación - I.P.C.

Este ensayo constituye un intento por aproximarnos a las nuevas transformaciones en la estructura política y social del mundo actual, desde una perspectiva abierta a una reflexión filosófica y cultural.

Buscamos mostrar cómo el avance tecnológico, la globalización de las prácticas culturales y el mercado, introducen cambios en la constitución simbólica y fáctica de los centros de poder social, generando a su vez nuevos problemas de gobernabilidad en la gestión de los Estados y en la acción política tradicional.

Por tal razón, el lenguaje que empleamos busca acercarse en su forma a la realidad que pretendemos señalar, a través de un análisis transversal que permite acercarnos a diferentes esferas y niveles de la totalidad social y que por lo mismo, nos exige la utilización interdisciplinaria de diversas categorías de las ciencias políticas y sociales.

Sin embargo, no se trata solamente de una exigencia de carácter científico, que busca establecer el contexto y comprender el sentido de la acción colectiva e individual

en la sociedad contemporánea. Se trata también de una inquietud abierta, que interroga sobre la dignidad y la libertad del hombre como pilares de la democracia, de un Estado justo y legítimo. Es la búsqueda por conciliar y hacer efectivo el imperativo de “pensar global, actuar local” a la hora de profundizar en la crisis, teniendo en cuenta que ésta es un estado permanente, que sólo a través de la crítica puede superarse de la manera menos irracional y autoritariamente posible, evitando así muchas de aquellas respuestas fáciles que recaen, bien sea en la guerra total o en la desesperanza.

I. SOBRE EL SIGNIFICADO SOCIOLÓGICO Y CULTURAL DE LA NOCIÓN DE “MASAS” EN LA CONTEMPORANEIDAD

Para indicar una aproximación a la noción de “*masas*”, es preciso advertir que nos enfrentamos a un lexe-ma, a una categoría histórico-lingüística, con capacidad de evocar, traer al presente recuerdos imaginarios, que a modo de preconceptos se nos presentan como el puente a través del cual traducimos el mundo, el saber, la información emanada en su decurso.

A. Normalidad, sistema, exclusión y fuga

En los términos de nuestro interés asociaremos la noción de “masa” a categorías tales como la de sistema, integración, normalidad y sociedad.

Inicialmente, nos encontramos con múltiples perspectivas para abordar el significado interrogado, lo que no hace sino señalar la gran subjetividad de esta noción, que sin embargo tiene su legitimidad y funcionalidad al servir de apoyo en actos restringidos e individuales de identificación y diferenciación. Su tratamiento, es necesariamente la proyección oblicua de fuga y convergencia,

de la impresión particular del mundo (físico-social-biológico) en la individualidad.

Lo cierto es que al ser la “*masa*” una noción funcional en actos de decisión o definición, alcanza una tal potencia, que su significado meramente subjetivo, impulsa una real capacidad material y objetiva en los mecanismos y dispositivos de control e integración social.

Ello nos conduce a observar, cómo la ejecución de tales dispositivos incide en la creación simbólica (sociológica y cultural) de la noción de normalidad, como concepto operativizado políticamente en el ejercicio del poder como control, el que en las sociedades contemporáneas se fundamenta cada vez menos en la noción de disciplina de grupo y circuitos de encierro, sino en el tratamiento selectivo de las posibilidades de informarse y saber del mundo, creando ventajas instrumentales de fuerza que disuaden y confían a mundos cerrados¹ y neuróticos con pocas posibilidades de una comunicación recíproca.

La marginalidad empieza configurándose como una exclusión, en torno de aquellas discusiones que afectan las decisiones del para qué y cómo de la fuerza instrumental acumulada. Esto a su vez, indica la no identidad en torno a esta fuerza instrumental, la existencia de unas diferencias que conducen a utilizar esta fuerza como argumento de superioridad y poder, de crear un centro y un margen, el control del otro, su integración o su exclusión. Esta necesidad de crear un ámbito o circuito donde el centro sea reconocido, lleva incluida la vigencia de un discurso autolegitimante afirmativo de un consenso o convergencia en tanto capacidad exclusiva.

Pero este discurso no se articula únicamente alrededor del lenguaje hablado, se apoya también en códigos simbólicos y rituales que seducen y amenazan, identifican y diferencian.

La realización de un modo de vida, el ofrecimiento de seguridad, de dinero y respeto (sumisión de otros), actúan como mecanismos culturales de integración, a cambio de los cuales el individuo acepta su heteronomía y observa sólo en lo formal, en la normalidad, las posibilidades de su existencia.

Esto pasa por la aceptación de unas leyes, que como modo (proceso) o moda (emergencia), rigen en las ciencias, en la estética y en lo político normativo. Leyes que constituyen el sentido común, la tradición objetivada en mecanismos culturales, en formas no jurídicas de control social, que los individuos terminan aceptando bajo el riesgo de verse excluidos de las posibilidades de seguridad y poder que la integración al sistema social ofrece. Pero esta auto-percepción de seguridad, poder y bienestar, se ve disminuida cuando se comprende la cuota de negación de la propia personalidad, de la erosión del yo que precisamente se buscaba proteger. El sentido común actúa entonces, como un dispositivo que a la vez que integra esa "masa" socialmente dispersa en clases y estratos, les obstaculiza, a modo de un realismo sancionado por la tradición del poder-fuerza, las posibilidades de construir imaginarios, performativos, practicables, que superen la situación de negación del yo incluido en una amorfa "masa", subjetivamente poco diferenciable, pero social y objetivamente operativizada en la aceptación de situaciones de dominación, opresión e inequidad que se aceptan de suyo como inevitables.

B. El transcurso de lo negado y excluido no carece de cierta ironía²

Hoy, la manera de comportarse ante el mundo, se nutre esencialmente de ese saber práctico del vulgo, dominado por la sapiente "areté" enquistada en las instituciones

confesionales y estatales. A ello, ha ayudado el desarrollo tecnológico de unos medios de comunicación que hicieron del entretenimiento y la vanalidad, la fuente de su poder y capital, atravesando oblicua e incesantemente la estructura social, disolviendo nichos encerrados de comportamientos tradicionalmente adquiridos, coadyuvando a la esquizofrenia cultural, al debilitamiento y disgregación del poder central hegemónico constituido.

La normalidad que así se prefigura, es la resultante del proceso mediante el cual emergen otras esferas, con capacidad de orientar la acción social y construir imaginarios, mundos simbólicos propios, donde los imperativos sancionados, a través de valores consuetudinarios y con eficacia normativa, tales como la Nación, el Estado, la familia (y su *pattern potestatis*), tienden a disolverse en tanto su inoperancia práctica o su carácter de obstáculo en la lógica interna del mundo de la actividad científica o estética, en tanto proyecto individual.

La *masa*, cual cúmulo de universos aislados e incognoscibles, individuos con una particular historia vital, anónimos en el transcurrir de su existencia o desfigurados como apariciones de íconos publicitarios, que solo enseñan un retal de su fractal estructura interna, esa abstracta uniformidad, es el lugar donde los discursos legítimos tratan de construir su centro y su norma, buscando integrar en torno suyo la totalidad de lo disperso.

Para ello, se apela a la historia que arraiga y proporciona expectativas de seguridad; a re-inventar un poderoso yo, que haga invisible esa concreta fuerza que cotidianamente se impone violenta sobre las mayorías silenciosas; a reorientar hacia el centro, fuera de sí mismo, el sentido de la acción. La resistencia a esa potencia externa que sólo enseña un fragmento estratégicamente racional-

lizado para controlar ese orden que le sirve de plasma, asume la forma de fugas y excentricidades, catalogadas de delincuentes y desligantes del sentido común de la ley y la gramática que de suyo impronta.

C. Datos Oblicuos

Hoy, la generación, por medio del trabajo intelectual, de una sociedad informatizada, aumenta el flujo comunicante y las posibilidades de contra-decir la gramática, el imaginario sobre el cual se asienta el discurso que estratégicamente presupone la subordinación del otro.

La subjetividad **descentrada** desfocaliza su objetivo. Para su existencia asimila **datos oblicuos**, que le permitan desplazarse por diferentes planos y dimensiones del plasma social viviente.

El valor, la institución axiológica, deja de constituirse como una regla, un juicio de valor universal; pierde eficacia en los términos del poder-control³, de los deseos de dominar y regir omnímodamente el mundo. Una exclusiva perspectiva permanece sobre un punto fijo y no permite captar la **oblicuidad en movimiento**. Pero tal movimiento no se refiere exclusivamente a diferenciar lo que a través de los medios se nos presenta, lo que permite cambiar el canal. Es el movimiento aunado a una estructura interna e individual, netamente subjetiva.

No es sólo la imagen central del poder la que se desfocaliza y diluye en la retina, es también el sentimiento puramente abstracto de él. La imagen reclama una sustancia comunicante, un sentido de representatividad que nadie autónomamente otorga.

Emerge la necesidad de emprender empresa y probarse en batalla: una estrategia individual de supervivencia en un medio peligrosamente hostil.

D. Estrategia y pulsión de consumir

Pero ¿qué es lo buscado en una estrategia individual de supervivencia?:

¿La salvación del alma?, ¿la vida eterna?, ¿el máximo uso, goce y disfrute?, ¿el mejor de los placeres posibles?, ¿tener un enemigo y doblegarlo? o, simplemente, ¿buscar que nada duela y abandonarse del mundo?

El verbo **tener**, es de los mas denotativos en nuestro idioma, lo mismo que su acepción en la mayoría de lenguas occidentales. Su traducción práctica y cotidiana puede conducir a múltiples posibilidades, una de las cuales se orienta a fundamentar el consumo y goce de lo existente como algo propio que, sólo de tal manera, en su negación y exclusión, se demuestra como tenencia.

Y hoy, más de las veces, qué es lo **deseado de tener**, no lo define el individuo autónomamente o su circunscripción comunitaria. Ello surge desde cada punto del espacio sonoro y visual de la sociedad. El mercado como movimiento inconsciente, cotidianamente prefigura el deseo, no permite la conformidad y obliga al consumo en la búsqueda de nuevas experiencias o en la salvaguarda del status. Para integrarse al mercado hay que tener mas estima por la propiedad que por la libertad, todo en aras de la simple apariencia.

La compulsión al consumo, busca el aparentar poseer los medios, la capacidad de brindarse la felicidad a través del goce de las cosas. Sin embargo, el consumo no es un acto común identificable. En aras de buscar una identidad propia, los individuos pretenden consumir algo no común, algo que distinga; se busca exclusividad que el anónimo creador no permite gozar y consumir compulsivamente. Tal es el instinto adquisitivo, como ostentación de la precariedad creadora que se busca suplantar.

Apariencia, mimesis y distinción; núcleos que suscitan integrar el orden, el sistema establecido, el flujo masificante, datos económicos impersonales.

II. SUB-CONTRA-CULTURAS Y POLÍTICA EN EL MUNDO ACTUAL

La cultura puede entenderse tanto como una apreciación global de la realidad (la cual el ser humano experimenta y explica) o como una esfera más particular de la totalidad misma de lo real.

Podemos asociar entonces, el concepto de **cultura** a la noción de **civilización**, en lo que se refiere a la realidad concreta, edificada a través del esfuerzo sostenido y no menos fatigoso del espíritu, de la actividad intelectual del hombre. Pero también se puede optar por concebir la **cultura** como la **esfera simbólica** intersubjetiva del presente, como aquello que sirve de sustento a la actividad cotidiana del **sujeto individual** y que no tiene una realidad concreta o material.

A. De la sociedad masificada a la sociedad dispersa

El pensamiento clásico tiende siempre a una definición total e imperativa de la cultura. Pero, en todos los desarrollos ulteriores del pensamiento ilustrado, ésta entra a jugar un papel específico y a diferenciarse de nociones tan próximas y problemáticas como “la política”, “lo social”, “la economía”, etc. Particularmente, es en la tradición alemana devenida de M. Weber, G. Simmel, F. Toennies, donde esta diferencia cobra relevancia. Puesto que la sociedad moderna consiste:

1. En una particular desintegración de una totalidad integrante -sea en términos morales desde la tradición de Durkheim (o en términos de la adscripción a sistemas

simbólicos cerrados - Parsons) que deriva en ámbitos propios de poder y lenguaje como son la esfera técnico-científica y la esfera estético-expresiva.

2. En una radical transición de la vida en comunidad a la vida en sociedad, donde la aldea cede paso a la ciudad y la colectividad a la individualidad, lo que significa desarraigo de la tierra, liberación del hombre mercancía (C. Marx).
3. Relativización del mundo por parte del individuo, que se observa así mismo transitorio entre la multitud que puebla las ciudades; el individuo se observa como algo irreductible en cuanto es núcleo crítico, “polo a tierra” (Braudillard) de la experiencia esquizofrénica de la vida urbana.

En esta dirección, la definición de **cultura** avanza hacia la comprensión del **individuo moderno**, dentro de un contexto urbano de diferenciación sistémica de la sociedad, en esferas de acción expresivas, pragmáticas y objetivas. La cultura entra a sintetizar el campo de acción donde el individuo se mueve con discursos y actos de lenguaje, que implican unos ritos de aprendizaje y la iniciación en unos modelos o estilos de vida.

El individuo busca su esencia en un **no-identificarse** inicialmente con las mayorías. De hecho, el individuo moderno inicia su experiencia social como un ser expulsado de su confortable nicho y una vez configurada tal expulsión, sólo queda el recuerdo de la existencia y la posibilidad de su realización.⁴

No existe una exclusiva vía, a través de la cual el sujeto-individual pueda poner en juego la voluntad de poder que de él emerge. Y es en esta voluntad de poder de existencia, donde el ser humano se ve obligado a la creación de acontecimientos que determinarán su postura

cultural, en tanto allí se juega también la negación o no de su individualidad.

Sub-cultura y contra-cultura emergen como nichos reconstituídos, donde el individuo busca otorgar sentido a su existencia mediante la defensa o práctica de un estilo de vida en particular.

Pero, mientras la **contra-cultura** implica una **inversión de los valores preponderantes** que rigen el comportamiento y la acción individual, una transvaloración de lo existente; la **subcultura** conlleva a una **negación relativa de los principios axiales**, que rigen el orden social a través del intento por escapar de la **contra-posición valorativa** y, desde su experiencia, diluir en la no afirmación, la cultura que hegemoniza. **Mientras la una concibe la necesidad de ciertos principios comunes, la otra busca escaparse de ellos, o simplemente ignorarlos en la vivencia de un propio mundo.**

La subcultura, como punto de fuerza, evidencia y constituye la anomia. La contra-cultura se presenta como la **contra-norma**, la revolución de la totalidad, no la desintegración de ella.⁵

Frente a lo anterior, observamos como la noción de masas se de-construye e irrumpe en las porciones diferentes de la misma, que la hacen variable e inabordable:

¿Necesitamos una perspectiva histórica que nos proyecte hacia el mañana?, ¿una eficaz histórica de supervivencia? ¿o necesitamos mas bien una visión topográfica que permita justipreciarnos entre lo diferente y valorarnos como auténticos?

La historia reglamenta y estandariza. Es la preocupación de un algo específico por subsistir en su recuerdo. **La topografía** deviene admiración por el descubrimiento y la **comparación** presente de un territorio fragmenta-

do. **La una es psicosis, la otra esquizofrenia.** ¿Qué realmente necesitamos para observar el mundo?

Ambas perspectivas son necesarias, lo que no significa que esa conjunción ofrezca una respuesta temprana a lo que el mundo constituye y en particular, como ley, regir lo social.

Actualmente, la tecnología ha sido capaz de condensar varios códigos y canales por una exclusiva vía de transmisión, y el individuo se ve sometido a infinitud de propuestas incapaz de racionalizarlas. Un medio masificante como la T.V., pone al descubierto que las mayorías homogéneas no funcionan y diversifica sus propuestas, abre más espacios, se arriesga a perder su identidad. Segmentos, públicos restringidos, seleccionados, según criterios económicos para perpetuar un status. Rige aquí un sentido pragmático que absolutiza el valor del presente y requiere de unos datos, de unos mapas, lo mas claros posibles, para tomar decisiones con base en un cálculo de riesgos.

Para moverse en una sociedad fragmentada, los agentes del mercado necesitan especificar terrenos y orientarse en la búsqueda de nuevos nichos promoviendo la diferenciación; mecanismo que tienen en cuenta las comunidades de gusto como base del consumo y la producción.

B. La política en el mundo actual: una subcultura que busca legitimarse en la masa abstracta

Si el orden social tecno-económico promueve la segregación, bien sea como especialización o como estilo de vida, el **orden social político-normativo** requiere del reagrupamiento, de enlazar, de disolver las particularidades y de **crear unos supra-niveles de identificación.** Para ello, es menester construir una historia y una deseada proyección de la misma. El ubicarse exclusivamente

en el presente resulta insuficiente para traspasar las membranas que conforman las subculturas y comunidades, porque se trata de construir una representación colectiva general, con capacidad de movilizar los diferentes componentes sociales en una dirección determinada.

Sin embargo, el panorama actual, precisamente por ser tan transparente, heterogéneo y simultáneo (dada la capacidad tecnológica actual de procesar y producir información), se hace inabarcable y difícil de expresar coherente y sintácticamente en el discurso político, que busca a través de “la cosa común” suscitar la empatía en torno suyo.

En su inmediatez, en la procura de legitimidad numérica, la acción se orienta a movilizar las masas electorales mediante la proyección de un futuro y posible escenario.

Sin embargo, el desarrollo de las fuerzas tecno-científicas de las sociedades modernas y la creciente diferenciación socio-cultural, implica la construcción de estrategias de intervención, que pasan por deconstruir la totalidad, abandonar el discurso histórico-proyectante y retomar la topografía del estudio de mercados, dentro de una concepción de la política como empresa que funciona en un sistema de competencia de partidos y que necesita de un mercado electoral intervenido publicitariamente⁶.

Entre compromisos sectoriales y mensajes masivos segmentados, la política es atravesada por la escisión de la sociedad en la cual se inscribe.

Individuo-ciudadano, región-comunidad, Estado-Nación y alianzas internacionales, son objetos de intervención política que la mayoría de veces resultan incongruentes, dada la dinámica propia que la ciencia, la cultura y la economía de mercado confronta en ellos. De tal suerte, que elaborar una consecuente política nacional, consiste

por lo general, en dotar de contenido a una determinada región abstracta del desenvolvimiento social (lo cual hoy en día se subsume bajo la imprecisa, siempre ideológica, nunca científica, noción de desarrollo) y mediante lo cual, como consigna o meta política, se pretende movilizar un público y crear una comunidad de intereses vitales; unas mediaciones simbólicas de identificación común, unas leyes que conformen la apariencia pública.

La máquina aumenta la capacidad de fabricación pero incrementa la separación hombre-manufactura. El sentido de lejanía con el mundo constituido por sí mismo es una sensación que deviene un malestar común, en la cultura, en la política. El descubrimiento de la electricidad acelerará aún más el principio obstrucivo desarrollado en la lógica maquinal como “tecné”. Del principio de motores de combustión se pasa al principio del campo electromagnético y digital⁷.

La **televisión** que articula sonido y luz se convierte en el principal medio unilateral de contacto. **Destroza la palabra directa persona a persona.** Deja atrás los medios impresos, supera a la radio en su capacidad proyectiva de realismo. La dinámica de producción relacionada con el modo dominante de comunicación, coadyuvará en la separación humano-humano y radicalizará más la de humano-cosa. Maneras directas de construir imaginarios y comunicarse, como son los olores, el sabor, el tacto, etc., se ven disminuidas por la sobre-excitación a la que el hombre se ve sometido auditiva y visualmente.

La imagen, como unidad audio-visual, rige la comunicación social, sin embargo es unilateralmente transmitida y carece de una credibilidad, que sólo mediante otro tipo de contactos y acontecimientos cercanos y ordinarios se le puede dar.

En éste sentido, una política fundada en la defensa de la república como la “cosa común”, se enfrenta de manera honesta, al cómo transmitir de manera cierta mensajes “universalmente válidos” y empíricamente verdaderos cuando la comunicación no es dialógica y el sentido interno de las cosas es reducido a su mera imagen.

Si aceptamos que hoy, la forma predominante de participación política en las sedicentes repúblicas democráticas, se da a través de la constitución de un mercado electoral, ¿Qué subyace al vínculo político-elector? y ¿Qué significa para los no-electores la política condensada en la imagen del político?

En la concepción política como mercado, el ciudadano pasa a convertirse en un consumidor de datos publicitarios, mediante sugestivas campañas que apelan a la identificación primaria con la imagen transmitida. El elector, la mayoría de las veces, se ve enfrentado al problema de tomar una decisión en términos polares, que garantice así el equilibrio de su yo mediante su adscripción en una masa que le disuelve y moviliza contra un enemigo o un mal público. La proyección simbólica de una imagen tal, corresponde a los medios de su transmisión, pero la creación del concepto que divide la opinión y moviliza un grueso de ella contra un objetivo y en pos de una meta, corresponde al político que se ve obligado a buscar lo común entre lo disperso. El político busca representar los sentimientos más profundos, el simbolismo arquetípico de una tradición cultural; es un actor que teatraliza el ideal, videíza (lleva al video) el miedo de la población.

Teniendo en cuenta lo anterior, si bien los medios hacen parte del mensaje, éste último no puede reducirse a los primeros.⁸ Más que crear estereotipos, el papel de los medios en el mercado electoral, se centra en reforzar iden-

tidades arquetípicas y en mostrar al político como su encarnación real, haciendo uso competitivo de los avances tecnológicos en el diseño y acudiendo a la distorsión y descomplejización de los productos simbólicos de su época: la postindustrial, dominada por el saber técnico y dinamizada a su vez por la esquizofrenia cultura-sociedad.

Sin embargo, la creación política de lo común se ve enfrentada a una cotidianidad dispersa, donde el vínculo comunicante se revela insuficiente y muestra lo efímero de la representación.

De tal suerte, la integración al mercado electoral es también la aceptación de unas pautas de integración social, de un modo de vida en el que elector y político concuerdan en lo básico.

Pero la dificultad empieza cuando la abstención electoral se mantiene en altos porcentajes. ¿Significa esto la negación de la política?, o ¿Es evidencia de otras formas de ejercicio del poder?

Circunscribir la política a su tradición griega clásica de la polis, no deja de presentar problemas a la hora de buscar, más que el análisis, la comprensión de cómo se construye lo público y cómo se ejerce el control sobre el mismo. El ideal de ciudadanos libres con capacidad intelectual del mundo que les rodea, los cuales mediante la deliberación franca, desinteresada y transparente construyen el Estado, la cosa pública, es un principio que busca regir las relaciones intersubjetivas pero que siempre se observa incompleto.

La ciudad-Estado construye sus reglas de ingreso y participación en ella. De hecho, no todos los que habitan sobre su territorio son miembros políticos (ciudadanos) de la misma. En principio, los extranjeros, los esclavos y las mujeres son alejados mediante la fuerza, la tradición

y el derecho del debate público, aunque, de hecho cotidianamente, su trabajo es el substrato de la ciudad.⁹

La sociedad ha evolucionado y con ella las estructuras y circuitos de integración, poder y control. En ello, el papel del saber técnico-científico ha resultado preponderante, sobre todo en el cambio de las formas externas en la que se patenta dicha transformación. Aspectos como el de la participación femenina en la definición de la "república" parecen superados, puesto que socialmente a la mujer se le ha restituido una esencia óptica igual a la del hombre en occidente.

Empero, la exclusión sigue operando y la categoría de ciudadano resulta ser un sofisma extendido sobre las masas que oculta reales diferencias.

El individuo moderno, aún concebido como ciudadano, es irreductible al Estado. Es una partícula así misma cargada de poder.

El modernismo, como revolución subjetiva, es el despertar de una ilusión que desfocaliza el centro y descrea del idilio eterno. Iniciado por ese ánimo científico de descubrir y explicar el mundo que instauró la comprobación empírica como factum de lo real, Pathos y Thelos que traspasó el círculo de los iniciados y se extendió socialmente como voluntad de poder, donde la metódica duda se instaura y el individuo antes de creer ciegamente en la ley por temor a castigo, se ve obligado a experimentar y a sobrevivir en el mundo por sí mismo, a emprender el viaje y ser así morador del mundo: más allá de la sangre, de la lengua, de las fronteras de la nación.¹⁰

A su vez, la política de la modernidad necesita construir un discurso que supere el individuo y le anteponga el interés general, sobre el cual se erige una total infraestructura de protección y administración. El Estado busca

así legitimarse. Para buscar la esencia ontológica de esta "voluntad general", se recurre al procedimiento de elecciones representativas y a los mecanismos plebiscitarios. Paradójicamente, al individuo se le considera públicamente uno e inalienable, surgiendo la contradicción con un sistema de integración y control que le exige desprenderse periódicamente de su autonomía.

Esto que a simple vista pudiera reducirse a una cuestión de derecho público, tiene grandes repercusiones en la vida cotidiana de aquellos considerados ciudadanos, ya que el voto no puede reducirse a un acto de voluntad afirmativa, sino también, y conflictivamente, derogativa.

En una sociedad segmentada, el político busca apoyarse en aquellas zonas (topoi) que le brinden una mayor protección cuantitativa y económica. Por ello mismo, sus niveles generales de representatividad tienden a reducirse. Buscar lo global implica para su ejercicio un inmenso acto de traslación y traducción, que al momento de llevarlo al lenguaje de las mayorías se ve enfrentado a problemas de comprensión comunicativa, por un lado, y por otro a la falta de un contenido semántico de lo transmitido en su relación con la vida práctica de sus receptores.

En tal contexto, la política, como específica actividad de los políticos, entra a configurarse como un nicho existencial e identitario. Se da un lenguaje, unos procesos de re-creación discursiva y mítica, que permiten observar incluso al político moderno, como un individuo perteneciente a una subcultura con intereses propios que se ubican por fuera de lo comprendido como el "bien común", el "hogar público".¹¹

El ciudadano común tiende a la comprensión práctica y racional de tal situación. Por ello, la motivación participativa en los eventos legitimantes del "establecimien-

to" se enfrenta a la indiferenciación y la apatía política, en cuanto actividad burocrática y de los políticos, en tanto actores visibles del "mal necesario" o de "la especie llamada a desaparecer".

A la par, se constituyen otros centros de poder. Empresas transnacionales que incorporan gentes de diferentes nacionalidades y poseen propiedades en distintos países. Estructuras organizativas de producción que incorporan, mediante la informática, complejas formas de control y toma de decisiones.

También la multiplicidad de asociaciones y clubes, bien sea gremiales o culturales, que generan una determinada actitud hacia el mundo, y a través de ella una vasta red de participantes que generan actos sociales, políticos y normativos.

El individuo como actor social, se enfrenta en su vida diaria a situaciones que le plantean discursos y alternativas diferentes, se observa así mismo como un sujeto escindido en múltiples posiciones¹² en las cuales juega su identidad, su autenticidad como libertad, en términos modernos.

Una masiva movilización política exhibiría una homogeneidad de intereses, que dadas las circunstancias actuales de un mundo emergente postindustrial, son cada vez más difíciles. Porque ello implicaría el movilizar la sociedad en torno a un mal o enemigo común¹³, que como gran "Moloch" amenaza la vida de todos. Pero es precisamente la dispersión, la fragmentación, la creación de códigos diferentes, lo que dificulta la representación colectiva del mal, del enemigo.

La superpolitización individual implicaría un desplazamiento tal de disposición psíquica, que amenazaría con obstaculizar otros ámbitos necesarios para la sobrevivencia

en una sociedad capitalista altamente competitiva, despersonalizada y orientada al consumo.¹⁴

Pocas cosas serían necesarias para determinar la cosa pública e integrar la dispersa masa social. Pero por tratarse precisamente de lo mínimo, la mayoría de asuntos dejan de ser públicos y se resuelven privadamente. De hecho, este "minimalismo" nos enfrenta a la resolución personal no política de la gran parte de nuestros asuntos vitales. Y si lo mínimo, es algo general que se vuelve complejo, verbo y gracia, en la economía, en el derecho, sólo posible de solucionar vía técnica, fuera de la concebida apatía, es la perplejidad y el desconcierto las que también actúan. Los individuos medianamente lúcidos, desconfían de la publicidad y el periodismo como mercadeo de masas, desconfiando así de aquellas fórmulas fáciles, no detalladas y sin tiempo para investigar.

Empero, si todo esto lleva a un debilitamiento de la política en tanto "rex-pública" y del político como tribuno representante, conduce también a un mayor dinamismo de las tensiones intra sociales, a la aparición desfocalizada de grupos de poder intermedio, que se diluyen entre lo científico, lo cultural y lo político, pero que igualmente pueden afectar la coordinación evolutiva de lo social.

III. EL HORIZONTE FRAGMENTADO DE LO POLÍTICO: DEL ACTO TÉCNICO- ESPECIALIZADO A LA TOTALIDAD DE LA PRÁCTICA COTIDIANA

Observamos como la sociedad de masas pasa de ser simultáneamente un referente diferenciador e integrador, a un constructo compuesto de múltiples nichos, que a modo de subculturas compiten y defienden sus prácticas vitales.

Para ello nos hemos fundamentado en la particular evolución del Estado-Nación moderno, como componente supra de la identidad individual, hacia su erodación por la dinámica misma de los medios de producción en la era postindustrial¹⁵ y por una cultura escindida de los imperativos de integración social que puede comprenderse como postmoderna.

A. Aspectos histórico-estructurales determinantes

El Estado-Nación, junto con el sistema de partidos políticos, constituyen elementos fundamentales del imaginario político moderno. Pero cada vez emergen diferentes tipos de conflictos y asuntos a resolver, que traspasan los límites de sus capacidades. A ello contribuye, como se ha dicho, un fuerte cambio en las identidades y representaciones colectivas de las sociedades industrializadas, que ya no observan en el Estado-Nación el "sumum" de su representación y la posibilidad de su realización.¹⁶ También influye la creación de un gran mercado mundial, en el que se integran simultáneamente los avances tecnológicos en la producción y en la información, haciendo obsoletas las formas tradicionales de organización del trabajo y las fronteras como mecanismos de control y autonomía interna.

En lo económico, es evidente la factibilidad de mercados nacionales exclusivos. La acelerada competencia obliga a la continua reducción de costos de producción y a la constante innovación en los productos. Ello implica destinar un alto componente de capital para la investigación científica y la obtención de información pertinente para sostenerse en el mercado. Las empresas conforman centros privados de acumulación del saber, que utilizan como bastión para posesionarse y establecer alianzas es-

tratégicas para el control y conquista de los diferentes mercados regionales.

La actividad previa de las empresas transnacionales, es lo que generalmente crea las condiciones para el establecimiento de grandes redes de cooperación y comercio, configurando así, en la práctica, organismos supraestatales de regulación y vigilancia.

De por sí, los grandes conglomerados transnacionales se asumen como entidades autónomas, con una normatividad propia hacia su interior y con objetivos político-económicos identificables con los de los Estados-Naciones.¹⁷

De ahí, que la apertura de las fronteras comerciales no sólo implica aspectos concernientes a la distribución y circulación de las mercancías y sus consecuencias fiscales, sino también, preponderantemente, asuntos relacionados con el control de información y conocimientos de relevancia pública, que muchas veces los Estados democráticos están en incapacidad de evaluar.

Los efectos de las empresas transnacionales no se limitan al terreno de lo económico. Su actividad incide cada vez más en las transformaciones de la estructura social y en el ambiente cultural de la época. Es así como observamos el rápido crecimiento de la industria cultural, entendida y ejecutada básicamente como industria de la información y el entretenimiento. Pero es precisamente en este terreno, donde la dinámica propia del mercado conlleva a la escisión y contradicción entre aspiraciones psicológico-culturales y necesidades socio-políticas de integración sistémica.

Si por un lado las realidades del trabajo exigen cada vez más disciplina, eficiencia y preparación técnica, por otro, la publicidad necesaria para el mercadeo, promueve aquellas necesidades individuales socialmente insatisfe-

chas, básicamente bajo la forma del hedonismo narcisista. Se difunde así una amplia libertad para el consumo, pero a su vez apartando asépticamente la misma de la participación pública.

Se genera entonces, una cultura de masas despolitizada en el sentido clásico del ciudadano. La publicidad y la industria cultural del entretenimiento, buscan abstraer las diferencias y cubrirlo todo con el rostro de la satisfacción y la alegría. Pero las realidades históricas propias de cada comunidad o grupo social no desaparecen y es a partir de ellas que se configuran movimientos de resistencia a la cultura dominante, que, paradójicamente, se infiltran a partir de los propios desarrollos tecnológicos y comunicativos.¹⁸

Es en este terreno donde emerge la crítica y actitud práctica de rechazo a la noción de progreso. Grupos sociales inconformes hacen su aparición: Pasotas, neo hippies, punks-rockers, grupos étnicos, comunidades tradicionales, etc., se oponen a la estandarización de los modos de vida y a las exigencias necesarias para alcanzar el éxito social.

Tenemos así una doble tensión, que desde la cultura se entreteje con las necesidades funcionales del Estado. Por una parte, una cultura media de masas, hedonista, apática al extrañamiento implicante de lo público y con un deseo constante de autoafirmación. Por otra parte, diversas manifestaciones subculturales, politizadas en términos negativos, que rechazan al Estado y a las empresas transnacionales como mecanismos de control y manipulación humana, que en la pragmática de su realismo se alejan de una ética política de ciudadanos libres e iguales inter pares.

A nivel de **la estructura y la integración social**, es posible observar como las condiciones instituidas para la búsqueda del éxito y prestigio, enmarcan ciertas pautas

de comportamiento que, dadas las actuales condiciones económicas y culturales de existencia, no todas las personas están en capacidad y disposición de asumir. De esta manera se acentúa un proceso de segregación social, donde amplios segmentos de la población son aislados y no representados políticamente, dando a su vez origen a formas anómicas de contradicción social.¹⁹

Nos referimos en primer lugar, a la obligatoriedad de **la aceptación de una normatividad**, factor este de reconocimiento como sujeto normal no desviado. En segundo lugar, se encuentra la necesidad de **poseer una suficiente educación** y capacitación que garantice la inserción dentro del esquema laboral vigente. En tercer lugar, **aceptar la competencia y la competitividad** en todos sus niveles, en cuanto individuo y colectivo, como factor decisivo a la hora de escalar dentro de la jerarquía de clases y status.

Todo ello para **poseer un empleo**, de buena paga, salario o comisión, que permita sostener una familia, gozar de buena salud y seguridad social, garantizando así una condición de normalidad e integración que trasciende a lo político-cultural.

Encontramos así la importancia de grandes grupos "discapacitados", que se observan como problemáticos para integrar las categorías de normalidad, integración y estabilidad social: llámense inmigrantes, refugiados, fabelas, ghettos, hombres "desechables", indígenas y campesinos descalificados, etc., conglomerados humanos a los que la lógica misma del desarrollo tecno-capitalista, oligopólico y transnacional, impide -por las anteriores condiciones enunciadas- participar y aceptar el lenguaje y las reglas del juego de un mercado altamente competitivo de "sálvese quien pueda".

A este apretado esquema problemático y situacional

en el que se definen los tradicionales niveles de lo económico, lo cultural y lo social, se le suma la perspectiva global de lo ecológico, con un nivel de interrogantes y un discurso tal, que rompe los compartimientos analíticos vigilados con celo por las posturas tecnocráticas y pseudocientíficas, sustento de una concepción del “desarrollo” social como crecimiento económico sin límites, que reduce la noción de “progreso” (en tanto desenvolvimiento) a su acepción instrumental-tecnomaquinal, dejando de lado la preocupación por la humanidad y su naturaleza ontológica inmediata, como unida recíproca, mutuamente determinante.

Lo ecológico redefine la cuestión política²⁰ de los tradicionales niveles estructurales de acción. Ubica al hombre en el intercambio siempre permanente de energía y en su utilización constante para producir y reproducir lo social. Es un volver la mirada a la naturaleza -primitiva y artificial- no sólo como una fuente de materias primas, sino también como nicho simbólico constitutivo de la identidad humana.

La óptica ecológica de la existencia humana, posee la virtud de enfrentarse a la “Real Politik” desde una concepción global que no excluye lo local. Es por ello que suele aparecer como utópica, pero necesaria. No manipulable por ningún partido, pero si condición de legitimidad de los mismos.

B. Contradicciones sociales y problemas derivados de gobernabilidad

A esta altura, nos enfrentamos con la vastedad y complejidad de asuntos que la política en el buen sentido de “arte de lo liberable”, debe asumir y que en tanto “pragmática de lo posible” se limita a parcelizar. Y es en esta

dialéctica de lo real donde queremos introducir, en su fatua concreción, algunos puntos que aparecen como diferentes aristas de un iceberg o “piedra de toque” para una práctica política moderna, orientada por premisas no represivas tendientes a causar el mínimo de dolor, sistémicamente administrado en individuos y comunidades, por un constructo de libertad personal y colectiva que se sustantiva en tanto equidad social²¹. Estos problemas, como hemos visto, son polivalentes y no determinados unilateralmente, sólo segregados de manera analítica.

Tenemos así, que cuestiones como la corrupción, el narcotráfico, la marginación y exclusión socio-económica; la xenofobia y conflicto inter-étnico; la abstención electoral, el progresivo aumento del consumo de diferentes clases de drogas y el incremento de la delincuencia y violencia urbana, constituyen fenómenos de relevancia política, que empero, su carácter oblicuo y de difícil delimitación, se convierten en factores con capacidad generadora de crisis legitimatorias y problemas de gobernabilidad.

1. Corrupción

Partimos de entenderla como un acto que deniega de la moral pública, legalmente instituida y que persigue fines netamente de beneficio privado; acto que se ejerce en el anonimato y la clandestinidad. La corrupción puede abarcar una amplia gama de tipificaciones, pero se sustentan básicamente en el actuar con fines de lucro y de poder. La mayoría de casos lleva a observar la corrupción en las esferas del gobierno y el Estado, pero ésta también se presenta al interior de las empresas privadas (básicamente como espionaje o venta de información vital en la competencia de mercados).

Es necesario resaltar, el hecho por el cual la corrupción

obedece a las necesidades financieras de los partidos políticos en una democracia, que concebida al modo de un mercado electoral, resulta elevadamente costosa. Por otro lado, destacar como la corrupción es un medio para la realización de las expectativas individuales aceptadas socialmente, como indicadores de éxito y prestigio y difundidas, básicamente, a través de los medios publicitarios.

Las lógicas modernizantes y competitivas de eficiencia y eficacia, llevan a los partidos a concebirse como empresas y más que un medio a devenir un fin en sí mismos: el nicho subcultural de la forma de vida de los políticos. Además, la fundamentación de la democracia moderna como un Estado de derecho obliga y exige la existencia de partidos. Pero éstos, para la consecución de sus fines, se perciben a sí mismos en el interior de una sociedad masificada, donde los métodos más eficaces de movilización tienen que ver con las tecnologías de marketing y publicidad. El acceder competitivamente a dichas tecnologías de información, investigación y comunicación, exige una capacidad financiera tal, que con las simples cuotas de los afiliados o los subsidios del Estado es imposible de obtener. De allí que se impone la búsqueda de recursos entre las empresas privadas.

Pero, desde una lógica estratégica, las empresas ejercen su colaboración como un acto de inversión que se tiene que traducir en ganancias, bien sea mediante la adjudicación fija de determinados proyectos de carácter público o la complicidad para la evasión de impuestos o la violación de normatividades específicas que a su vez pueden generar comisiones o ganancias individuales.

El avanzado manejo con tecnología de punta informática y telemática del mercado electoral, convierten a la democracia en un acto sumamente costoso, en la cual los

partidos pequeños con pocas conexiones tienden a naufragar. La filigrana de estas conexiones es algo de lo que poco se sabe, dado que los grandes medios de información son el nodo mismo de esta relación corruptiva.

Como se anotó, aparte de las necesidades funcionales de los partidos que la corrupción entra a subsanar, ésta se ve favorecida por un sistema cultural que muestra en el consumo costoso, la manera excelsa de la realización del hedonismo y el narcicismo²². Ser una "persona de éxito" se constituye en un imperativo de la acción social en el tardocapitalismo. Aceptar esto, implica cohonestar con las maneras de acceder a ello.

La corrupción, resulta ser así un acontecimiento que no se origina inicialmente en los ámbitos de la política, sino en una cultura compulsiva devoradora de sí misma, que busca en el éxito el sentido de la existencia y que los grandes medios de comunicación transmiten abajo-arriba de la estructura social.

Puede ser que el poder corrompa, pero por lo general el deseo de este es el germen de la corrupción misma. Poder que se manifiesta en un status, en la inflacionaria capacidad de compra y consumo; el cual, silenciosamente en su aceptación, define lo integrado-adaptado y excluido-desadaptado de lo social.

De nada vale, en términos sistémicos, fortalecer la justicia y la represión oficial contra la corrupción, mientras ella siga siendo necesaria para obtener el éxito social y ventajas políticas comparativas.

El problema permanece. Las masas lo perciben. Sólo unos cuantos pagan los platos rotos.

2. Narcotráfico

El narcotráfico, como actividad específica de las mafias en general, se constituye en un medio que posibilita

ascenso, status y poder social²³.

Como actividad económica, se rige por los principios del mercado y se fundamenta, como cualquier empresa capitalista, en una racionalidad estratégica de maximización de beneficios. Al establecerse como negocio transnacional, deja de fincar sus intereses en una territorialidad determinada y adopta mecanismos descentralizados de operación, en procura de agilizar los diferentes procesos de producción e intercambio, buscando protegerse a la vez, no sólo de los organismos interestatales de seguridad, sino también de la competencia misma.

El riesgo legal de tal actividad se observa recompensado por los altas ganancias del negocio. Réditos que garantizan una relativa cohesión interna organizativa y aseguran una capacidad para infiltrar y corroer el sistema financiero internacional y a través de estos, los gobiernos mismos.

El narcotráfico es un medio por el cual, se procura satisfacer dos tipos diferentes de necesidades socio-culturales: en primer lugar, la de ser canal de ascenso social, vehículo de poder, instrumento de llegada al éxito y prestigio individual, es decir, tener la suficiente capacidad de consumo de los estratos altos y tecnificados de la sociedad. Aspecto este que lo emparenta con el pathos de la corrupción individual en la esfera pública y privada.

En segundo término, la "misión" del narcotráfico es la de proveer ciertas sustancias requeridas. Demanda creciente, que a su vez se correlaciona con la particular situación subjetiva del individuo en la sociedad moderna. Sustancias que bien pueden ser alucinógenos-euforizantes o narcóticos, relajantes-depresivos, y cuyo consumo tiene también la capacidad de configurar grupos sociales diferentes.

El aspecto de la demanda, nos adentra en una proble-

mática específica que merece ser trasladada aparte como "consumo de drogas y drogadicción".

Se puede deducir que mientras el narcotráfico siga siendo un mecanismo de solución y/o satisfacción de esos dos tipos diferentes de necesidades socio-culturales, cualquier política en contra, choca con una contradicción de fondo que le hace perder coherencia y eficacia.

3. Consumo de drogas

Este aspecto es de especial consideración, ya que todo lo designado bajo el genérico nombre de drogas, no es lo mismo y sus efectos o consecuencias no son iguales. Además, en la historia de la humanidad siempre ha existido el consumo de sustancias eufóricas, bien sea con fines rituales, médicos o festivos²⁴.

Las bebidas alcohólicas, la cocaína, el haschis, el opio, el peyote, etc., son "drogas" con un vasto prontuario en culturas milenarias, además de producir efectos psicológicos diferentes. De ahí que lo novedoso del asunto no sea el consumo de las mismas, sino las circunstancias actuales en el que se realiza y los fines que involucra.

Nos interesa destacar dos grandes grupos de sustancias, de acuerdo a sus efectos²⁵: en primer lugar, las psicotrópicas y/o psicodislépticas que alteran la normal percepción de la realidad, permitiendo, a partir de procesos alucinantes u oníricos, la fluidición del inconsciente en un imaginario propio, que se antepone a la gramática que le normaliza. En segundo lugar, ubicamos aquellas psicoanalépticas y/o estimulantes, cuyo efecto principal es destensionar o relajar al individuo, produciendo una sensación de bienestar, de alivio de los estados de stress o ansiedad. Por un lado están el hachis (marihuana), el peyote (mexcalina) y el ácido; por el otro la cocaína, los

barbitúricos, las anfetaminas, etc.

Las "drogas" del primer grupo activan lo sensorial y la asociación aleatoria de ideas. Conllevan a una relativa fuga de los imperativos del sistema por medio de un mayor énfasis en la experiencia individual, por lo que su consumo se vuelve conflictivo cuando se desenvuelve en un medio cargado de regulaciones y metas, que exigen una continua postura racional e instrumental que niegan la expresividad subjetiva e inconsciente.

El segundo grupo, por el contrario, tiende a disminuir o hacer soportable los malestares y fatigas que una lógica social y productiva, orientada a la competencia y a la eficacia conlleva; son en últimas "necesarias" para aliviar los traumatismos que la integración social produce.

Mientras que en el consumo de drogas del primer grupo, se trata de afianzar un proceso de identidad asociado a la recreación simbólica del contexto temporo-espacial de la existencia, en las del segundo grupo se trata de disminuir las tensiones y dolores psíquicos, que la aceptación de un rol social impone como negación inmediata de los deseos inconscientes.

Por un lado tienden a ubicarse pasotas, bandas juveniles, movimientos artísticos, diversidad de rockers y hippies. Por el otro podemos hallar empleados, profesionales con responsabilidades directivas, hombres de negocios.

El consumo de "drogas" es algo que atraviesa el todo social, pero que a la vez evidencia, en su consumo diferencial, intereses sociales contrapuestos, en donde es posible encontrar un consumo funcional a los imperativos de integración sistémica y otro que se contrapone.

La drogadicción por su parte, es el llevar al extremo el consumo de las drogas. Nombres existen muchos: toxicomanía, farmacodependencia, etc., que designan y apun-

tan a la descripción de este hecho. Lo que nos interesa destacar, es que si bien en todas las culturas ha existido el consumo de algún tipo de drogas²⁶, es en estos tiempos donde se ha convertido en un problema político y de salud pública no excepcional, es decir, estructural.

La mayoría de los investigadores sobre este problema, coinciden en señalar que este fenómeno constituye una evidencia, un síntoma de un mal, disfunción, patología o contradicción social mayor. De donde se deduce que las drogas, en cuanto su abuso y dependencia, no son la causa de la "descomposición" juvenil y de la cultura, sino más bien el resultado de la evolución escindida de la sociedad moderna, de la pérdida del sentido individual de la dinámica transhistórica.

Coincide todo ello con el auge de la revolución post-industrial, la sociedad informal y la cultura postmoderna después de la segunda guerra mundial, donde la idea asociativa de progreso y ciencia queda fácticamente destruida. A la par que las tecnologías desarrolladas, aceleran la colonización sistémica del yo²⁷ y las energías utópico-eróticas tienden a debilitarse, vía de su fragmentación adaptativa²⁸.

La drogadicción endémica es la fehaciente muestra de la extensión social de la pérdida del sentido. Donde los individuos se enfrentan simultáneamente al "no futuro" (en cuanto discurso del progreso y el desarrollo) y a los "múltiples futuros", en cuanto posibles perspectivas culturales de la historia que en una sociedad de masas existen.

La política, como intento de trazar un rumbo histórico a la sociedad, se enfrenta a la apatía que la pérdida de sentido produce; a fenómenos que, como la abstención electoral, obstaculizan la movilización social y configuran un cuadro deslegitimante de los sedicentes regímenes

democráticos de mercado, en la medida que es difícil “sentirse satisfecho en una sociedad insatisfecha”, al decir de Agnès Heller.

4. Criminalidad juvenil y fragmentación urbana

La pérdida de sentido, aunada a las expectativas sociales de éxito, se recombinan en un contexto continuamente inestable, donde el desarrollo tecnológico y la acción selectiva de una economía de mercado, juegan un papel de primer orden.

La ciudad constituye la parte sólida y visible de este contexto. La noción misma de ciudad se redefine así, en tanto está cruzada permanentemente por un flujo electromagnético de datos y mensajes que, bien sean producidos interna o externamente, circulan y actúan sin control. Las ciudades pierden así mucho de las barreras que las separan entre unas y otras y pasan a constituir nodos de bastas redes internacionales telemáticas y centros de recepción de programas noticiosos, de entretenimiento y académicos de todo el mundo. De tal suerte, que las características folclóricas tienden a diluirse en la conformación de prácticas universales de comportamiento subjetivo y organización objetiva del espacio urbano.

Fragmentación, dispersión y estrategias individuales de supervivencia son las condiciones existenciales que se imponen en el nuevo orden, las cuales pueden servir a su vez como horizonte comprensivo de fenómenos en aumento, como son la creación de ghettos y grupos marginales nucleados en torno actividades delictivas como estrategias racionales (de acuerdo a un fin) de supervivencia²⁹, la cual no puede reducirse a su simple acepción biológica, sino que implica un expandirse a lo simbólico, al terreno de la visibilidad y el reconocimiento social

desde los patrones de una realidad contemporánea, global, transnacionalizada.

Y es principalmente en las grandes metrópolis del mundo donde se concentran este tipo de fenómenos. Allí las condiciones de “normalidad” e integración social son más competitivas y por lo tanto aumentan las probabilidades de la marginalización. La posición en la estructura económico-social de los individuos, determina en alto grado las posibilidades de poseer una suficiente educación y una situación legal normal y por lo tanto, acceder a un buen empleo que permita consumir aquellos objetos-símbolos de diferenciación jerárquica.

Obtener recursos económicos por vías no formales, se constituye en una alternativa racional para acceder a determinados bienes (ropa de marca, autos, viajes de placer, diversiones exclusivas, teléfonos celulares, etc.) que con un trabajo normal sería imposible. La lucha contra la noción de inferioridad y fracaso, socialmente hegemónica, adquiere su mentís negativo y bajo la aceptación de las normas simbólicas que rigen el sistema, surge la imperiosa necesidad de afirmarse subjetivamente, no importando que ello vaya en contravía del ordenamiento jurídico que protege dicho orden de lo simbólico.

Tres niveles del ejercicio de la delincuencia se distinguen en lo fundamental: mafias internacionales que compiten en los mercados negros como cualquier transnacional; luego están aquellos grupos más restringidos a un territorio o localidad, que son la base del fenómeno de delincuencia juvenil urbana. Las bandas y combos constituyen su caso típico; en tercer lugar, un tipo de acción conformada, más por actos individuales que de grupo y que se orienta básicamente, a diferencia de los otros, por actos de supervivencia biológica (gamines, vagabundos,

gentes de la calle, básicamente).

El segundo nivel de delincuencia, resulta ser el más evidente y el que más se asocia a los elevados índices de la criminalidad urbana (homicidios, hurtos, tráfico de drogas prohibidas), principalmente en las grandes metrópolis, siendo pocos los países que se escapan a ese fenómeno. Ello indica a su vez una fuerte relación entre el crecimiento de las ciudades con su fragmentación territorial y el aumento de la violencia como medio de resolución conflictiva y estrategia de supervivencia.

La fragmentación de la ciudad ocurre a la par con una apropiación privada de la misma. Grandes ciudades y unidades residenciales cerradas, apartadas de la continuidad de la malla urbana, con sus propios grupos privados de defensa y seguridad. Fenómeno que se repite de manera diferente con aquellas bandas de gangs y autodefensas que emergen en las barriadas, ghettos o fabelas.

Cada vez más, los lugares públicos de contacto e intercambio entre diferentes grupos y clases sociales tienden a disminuir. A la par, aumentan los “no lugares”: sitios de apariencia pública pero de propiedad privada, diseñados básicamente para el consumo y no para el encuentro despreocupado: son los centros comerciales en sus mil formas³⁰. La noción de un centro urbano se debilita y no funciona. Emergen múltiples centros y las ciudades, en la práctica, dejan de ser una, nichos y circuitos cerrados y no comunicantes, donde la cosa común se diluye. **La ciudad se hace opaca, inabordable.**

Los medios de comunicación masiva en su acción unilateral, tienden a separar al sujeto joven de su entorno comunitario inmediato, a la vez que originan expectativas que le obligan a salir de allí. Pero en la ciudad se impone el anonimato y la acción de intercambio subjeti-

vo tiende a reducirse al consumo.

La capacidad ética de ponerse en el lugar del otro, de extrañarse, no se promueve y la solidaridad se debilita. Es así como la violencia ejercida a través del acto delincuen- cial, se corresponde a su vez con la violencia que constan- temente azota a la ciudad, como espacio del desencuen- tro, y los medios, al promover deseos imposibles de satis- facer, administran. Segregación social, alienación y diso- lución de comunidades tradicionales, colonización del yo y reducción de lo público a lo privado, son en síntesis, factores que se conjugan en la promoción de la delincuen- cia juvenil en una doble dirección: como búsqueda de integración y supervivencia, por un lado, y como vengan- za inconsciente, pulsión de muerte, por el otro.

5. Desempleo, marginalidad e informalidad económica

Partimos de afirmar que nos encontramos en una fase económica, cuyo principal problema -para los propieta- rios del capital- no se ubica ya en la producción sino en como darle salida a la misma.

Recordemos además, como el saber —en tanto inves- tigation tecnológica e información para competir en el mercado— se valoriza en términos de capital.

Así, los procesos productivos en escala, requieren menos hombres-fuerza de trabajo y en cambio incremen- tan el componente robótico en los mismos. Los hombres, por tanto, requeridos para la producción deben ser suma- mente calificados y capacitados constantemente.

Esto implica continuos procesos de reconversión in- dustrial y recomposición de las clases trabajadoras. En todo el mundo, por tales razones, miles de obreros son desplazados de sus sitios de trabajo. Aquellos que logran

insertarse, deben ser eficientes y estar preparados para ser despedidos. Determinados de tal forma, las organizaciones de los trabajadores se vuelven conservadoras, en términos de centrar exclusivamente su acción sobre sus intereses inmediatos y los de la empresa. Sectores sociales expelidos o ajenos a los grandes procesos de producción, hallarán múltiples dificultades para representar sus intereses y (re)integrarse a la producción formal.

En los países desarrollados, centros del poder económico-financiero, estos procesos de reconversión buscan ser atenuados en sus efectos, mediante una expansión formal de los sectores de servicios, buscando así fuentes reabsorbentes de empleo y previniendo así la caída de los índices per cápita de consumo.

Pero es en los países subdesarrollados tecnológicamente y en los que han existido dinámicas de industrialización, donde recae en últimas el peso global de la reconversión. En estos, la capacidad de reabsorción y generación de empleo es limitada. Los subsidios y créditos a largo plazo, que permitan una eficaz recomposición económica son escasos. Se originan así micro-procesos productivos que no permiten la acumulación de capital ni la creación de riqueza social.

Micro-procesos que obedecen a estrategias individuales o familiares de supervivencia en el contexto de realidades urbanas. No obedecen a estrategias racionales desplegadas de un modo colectivo, con instrumentos de evaluación y corrección.

Se configuran así economías del "rebusque", donde es el instinto de supervivencia el que actúa. Tentativas de resistencia y respuestas alternas se presentan casi que exclusivamente, y con algunos niveles de eficacia, donde aún existen comunidades con una fuerte solidaridad in-

terna y que de un modo u otro, se vinculan a tradiciones campesinas o agrarias³¹.

El desempleo, se convierte en los países periféricos del capital, en un catalizador de la segregación social urbana, donde se dificulta la organización comunitaria-societal y los pobladores son desplazados a la marginalidad política. La informalidad económica se instituye como el medio más adecuado para la supervivencia. Pero no se limita a este terreno, su dinámica crea prácticas de solipsismo y autogestión, que se desplazan a lo normativo y amplían el alcance relacional de la categoría³².

6. Violación de los derechos humanos

Si bien, este es un problema mundial, sus efectos se concentran en las regiones pobres del mundo. Es preciso tener presente que los derechos humanos no se reducen al derecho a la vida o a los derechos políticos de los ciudadanos. El derecho a un ambiente ecológico sano, a las posibilidades individuales y sociales de desarrollo socio-económico, así como el derecho a una esfera cultural propia, son aspectos que progresivamente las declaraciones universales y protocolos internacionales, han venido incorporando de manera substantiva en la definición de unos derechos humanos mínimos, cuyo cumplimiento sería la prerrogativa para la caracterización de una sociedad como justa y democrática.

Pero una rápida mirada a la situación internacional permite inferir, casi de inmediato, la extensa violación o incumplimiento de los derechos humanos de tercera generación: los económicos, sociales y culturales.

Hambrunas, analfabetismo, destrucción de patrimonios histórico-culturales, crímenes contra la naturaleza, son realidades que vuelven añicos los deseos convenidos

en el papel. Todo ello genera a su vez, problemas de orden político y gobernabilidad que conducen a muchos regímenes, llámense democráticos o no, a implementar, de modo deliberado y sistemático, medidas que restringen los derechos políticos de asociación e incluso se dirigen contra la vida misma³³.

Esto es un problema que dentro de las agendas de los grandes foros internacionales ocupa poco espacio, pues lo que domina allí es el tema de las relaciones comerciales y la seguridad del Estado hegemónico. La violación a los derechos humanos, sucede precisamente en aquellas zonas marginales de la sociedad, políticamente aisladas y con poca capacidad de hacerse notar, salvo cuando recurren a formas violentas de resistencia o padecen en masa el rigor de la emigración y el prolongado “rictus mortis” por inanición.

Pero al ubicarse el tema de los DD.HH. en el centro mismo de una definición de justicia y democracia, aparece siempre como una dolorosa espina que cuestiona en su núcleo duro la legitimidad real del orden político internacional: tanto en su capacidad (en cuanto lógica orientada al mercado), como en su voluntad (decisión real de solidaridad) por disminuir radicalmente este asunto.

Pasada la época de la guerra fría y el derrumbe ideológico que justificaba la noción del enemigo interno, se cifraron múltiples esperanzas en que los llamados conflictos de baja intensidad se redujeran y con ellos la violación sistemática de los DD.HH. como práctica de guerra. Ello sólo significó en realidad, una readecuación de alianzas estratégicas de los centros de poder internacional y un retroceso en las políticas de cooperación internacional.

Vastas regiones del planeta se han visto afectadas, al

ser marginadas y bloqueadas en sus economías tradicionales. La lucha por la supervivencia se ha exacerbado, despertando con ella viejos lazos de identificación étnicos y culturales. A la par que los conflictos raciales y religiosos aumentan, la industria armamentista se reactiva. Los puntos de guerras de “nueva baja intensidad” se multiplican y con ellos los crímenes y violaciones que el “ius-bellum” permite y la estrategia militar hace imprescindible.

Novedosas armas ligeras se prueban en estos conflictos y todo ello bajo el silencio de los países productores de las mismas, que sólo se preocupan porque las mafias controladoras de este tráfico, no incidan relativamente en sus países y afecten su imagen. De algún modo, las empresas productoras dejan algo con sus impuestos y generan trabajo calificado.

Los DD.HH. no pueden reducirse al reconocimiento formal de ciertas garantías jurídicas. Un concepto moderno de justicia, en términos de los DD.HH., tiene que encontrar su “substratum” en las reales posibilidades de ejercer la libertad, individual y colectiva, en un medio que ofrezca medios equilibrados para la realización subjetiva-personal de todos los integrantes del sistema social.

Las cifras de violación a los DD.HH. son altas y ello no sólo se corrige castigando y restringiendo el ámbito operativo de los militares. A la par de ello y del perfeccionamiento de sistemas legales ágiles y transparentes, se observa clara la necesidad de una efectiva democratización del poder y la riqueza mundial.

7. La cuestión del medio ambiente

Para nadie es un secreto el grave deterioro del ecosistema planetario, necesario para conservar la vida humana. Miles de toneladas de desechos tóxico-industriales son vertidos en mares y ríos cada día, lo mismo que son

arrasadas y despobladas vastas hectáreas de selvas vírgenes. Ello no sólo origina situaciones climáticas y ambientales que propician un desmejoramiento del nivel de vida de la población humana, sino que también repercute en la extinción de fauna y flora necesarias para un equilibrio ecológico sostenido.

Los métodos y modos de producción orientados básicamente al intercambio y a la progresiva acumulación de capital, generan una relación de tipo expoliativo con la naturaleza que, extensiva e intensivamente, degrada las condiciones mínimas del equilibrio ambiental.

Los métodos antiecológicos de producción, generan a su vez procesos de desintegración social y comunitaria. Las hambrunas y sequías se extienden, a la par que los países tradicionalmente agrarios dejan de producir para el consumo interno y vuelcan su producción hacia afuera en renglones agro-industriales. No es coincidencia que en vastas zonas africanas y asiáticas, coincidan la concentración de la propiedad territorial con un vuelco hacia afuera de la producción, promovida por la banca internacional, en detrimento de vastas economías comunitarias-campesinas, que se ven desposeídas de las tierras fértiles y obligados a abandonar métodos sostenibles de autogestión³⁴.

Pero también el desprecio hacia la naturaleza, propia de una visión tecnocrática de la modernización y el desarrollo, ha actuado de manera impasible, desconociendo cualquier tipo de derecho a la existencia de la biodiversidad. Visión que a su vez centra el sentido de la vida individual, en la posesión y dominación de lo otro y no en la relación comunicativa y libre que se pueda sostener con el mismo. De tal manera que a los seres vivientes diferentes al hombre, no se les reconoce ningún carácter ontológico, mucho menos algún tipo de derechos.

Todo ello implica un profundo repensar de la noción liberal-industrial, infinita y lineal del progreso y la cosificación del mismo en la técnica. En tal dirección, el progreso, tomado como continuo desenvolvimiento del ser vivo, no puede unilateralizarse en la capacidad instrumental lograda por el hombre, sino concebirse como el constante adecuamiento para el logro del mayor nivel de felicidad y bienestar social posible.

Sensación profundamente subjetiva, que la tecnología en sí sola no satisface y entra a depender determinante de las relaciones intersubjetivas existentes y de su capacidad de proporcionar un sentido a la vida individual y colectiva.

C. Hacia una comprensión subjetiva de lo político

Los límites de la comprensión se hacen evidentes, cuando se trata de buscar el sentido de la historia en nuestro tiempo. El horizonte de lo político se vuelve complejo. Al diluirse el poder en el orden lógico de las partes, se torna difícil inculpar alguien en concreto por las actuales condiciones de nuestra existencia como ser y especie. Querer cifrar las esperanzas de una transformación cualitativa de la realidad en la esfera de lo político-normativo, en el Estado y su sistema de partidos, es algo simplemente ingenuo. La realidad, como una, es continua, múltiple e indivisible. De tal modo, que al ser el hombre un sujeto que se vive a sí mismo en múltiples situaciones, en todas ellas deja la impronta de su acción.

Vano es el esfuerzo que se centra en una exclusiva dirección, pretendiendo cambiar el mundo. Lo público y lo privado, lo visible y lo invisible, son igualmente importantes en la determinación de un sentido evolutivo de la cultura humana. Todo ello deja su rastro genético en

nuestra configuración cultural simbólica y en nuestra transformación biológica.

Son múltiples los problemas y de variado tipo, que la política debe enfrentar hoy. La mayoría de ellos rompen las fronteras nacionales y precisan de acciones interestatales. Esto nos pone ad portas de un Estado transnacional basado en identidades modernas postnacionalistas. Pero es allí, en el problema de las identidades y las solidaridades regionales, donde emerge el real escollo para dicha tarea.

Se precisa el fortalecimiento de subjetividades fuertes e inteligentes, que sean capaces de romper con el temor e incapacidad de conducirse a sí mismo, subyacentes en fenómenos como la xenofobia, que a su vez se muestran ignorantes de comprender hechos que, como las migraciones masivas, son consecuencia misma de un orden económicamente independizado de toda tutela que, en su inestabilidad y fragilidad, incide sobre todo el mundo.

Lo local y lo global son componentes de una misma acción. Es en la coherencia entre una y otra, donde se observa la consecuencia final de un tipo de acción o pensamiento. Cuando se habla de subjetividades modernas postnacionalistas, nos referimos a un tipo de conciencia individual, formada en las condiciones de una sociedad global postindustrializada, que proyecta su acción y pensamiento en términos planetarios, que a su vez han abandonado los fáciles idealismos y sus paraísos, que se mueven en un concepto escéptico de razón, dialógico y decentrante, pero que mantiene la capacidad de indignarse y actuar ante condiciones de humillación de sus semejantes y que no tolera un ejercicio unilateral del poder. Sujetos que, desde la unidad de la multiplicidad de sus posiciones, se saben en los límites del tiempo histórico,

donde el futuro es apenas una noción y el pasado un confuso recuerdo; actuando de acuerdo con la idea razonable de sentirse los últimos en el mundo y haciendo depender de su acción, el curso del mismo.

Tal es la percepción de un individuo secular, con capacidad moral de indignación, hijo de la época del nihilismo y del descrédito de las vanguardias, al que más que posturas retóricas le interesan actitudes prácticas, éticamente coherentes. Por eso, más que buscar compromisos partidistas a largo plazo, se trata de mantener una constante voluntad de poder, movilizadora de un lugar a otro con el individuo orgánico que la porta, sea en el lugar de trabajo, en la comunidad, la familia, etc.

El poder, en cuanto relación, cruza de muchas maneras la sociedad y no se constituye en centros exclusivos. Y es en esta simultaneidad espacial polivalente, donde se busca crear y resistir desde la propia existencia individual y colectiva.

La transformación real del mundo implica entonces, una acción allende el discurso político demagógico o moralizante, un obrar, que demuestre el thelos de su inspiración³⁵.

Vana retórica sobre la paz mundial, el hambre, los derechos humanos, el riesgo ambiental, no sirve de nada, acaso de hipócrita y fariseica imagen, porque si algo se nos ha demostrado a lo largo de esta exposición, es que la lógica misma individual es la re-productora de las condiciones injustas e irracionales de coexistencia humana. Las actuales condiciones de crisis paradigmáticas, de humanidad, de futuro, nos vuelven a enfrentar a la unidad de la acción del hombre, es decir, a la exigencia de tomar seriamente las condiciones de fragmentación y dispersión de nuestro cotidiano obrar: traducir todo el cúmulo de in-

formación obtenido en procesos de formación individual intersubjetiva. Una posición moral ilustrada, devela la esquizofrenia y contradicción subyacentes a prácticas y discursos que, amparados en una supuesta búsqueda del desarrollo y el progreso, llevan a la concentración de los medios de decisión, a una utilización excesiva de la energía necesaria para reproducir la vida, sólo en aras de mantener, en últimas, una supuesta posición simbólica elevada de unos sobre otros, en términos de clases, castas, o sociedades.

Detrás de todas estas prácticas y discursos, se esconde una lógica del poder y la dominación, que sin embargo, para los individuos modernos ilustrados, no significan más que formas cosificadas de la existencia, seductoras en su apariencia, pero sustantivamente igual de efímeras, e incluso más angustiantes en su realidad.

No en vano, se han desplegado las ciencias del hombre y la cultura, de la sociedad, en fin, del espíritu, las cuales llevan en su interior esa doble cara de Jano: construir y edificar una promesa de desarrollo (modernizar), pero por el otro lado, deconstruir, volver a los fundamentos (movimiento de lo negativo). Esa misma tecnología empleada en la industria cultural y en las intencionada manipulación publicitaria de las gentes, desarrolla inconsciente y demiúrgicamente su contraposición: apatía, cansancio, recreación virtual de la realidad, fuga de los mecanismos sistémicos de control.

La sociedad de masas es el producto y a la vez la negación de las élites del poder, créanse aristócratas o no. La acción conservadora que pretende negarlas y rescatar el sentido perdido de una casta de hombres superiores, no hace sino demostrar la escisión profunda entre cultura y sociedad; la emergencia de nuevos centros y sus élites

respectivas, muchas de las cuales surgen de esa amorfa masa de agentes anónimos y cotidianos.

Hoy, las élites existentes necesitan de las mayorías (como siempre) para subsistir. Sin embargo, la transformación profunda actual consiste en que, para poder conservar sin riesgos excesivos su status y cierto grado de legitimidad sobre su dominación ejercida, deben igualarse a los hombres del común, en sus gustos y aspiraciones, acto sencillo por el cual se desacralizan a sí mismas, pierden su aura y su misterio.

A ello apunta el mundo de la comunicación y la publicidad: a fragmentar, a crear gustos particulares, a irrespetar las tradiciones y abrir con ello nuevos mercados, en un mundo de competencia entre empresas anónimas, donde acción y forma disuelven la imagen del poder y la convierten claramente en una actuación ridícula, por desear mediante las cosas ser eterno; porque ni la sangre, ni la tradición, salvan del delirante movimiento del capital puro en sí mismo que todo lo destruye.

¿Qué se podría pues concluir, en un mundo donde claramente lo importante es obtener ganancias y dejar atrás la competencia? Asunto radicalizado por la llamada transnacionalización o globalización económica. La acción política misma se vuelve “democracia competitiva de partidos”, “mercado electoral” manejado según criterios publicitarios.

Sólo una radical toma de conciencia de la individualidad, promete ofrecer sentido a la vida de los hombres contemporáneos, pues todo lo externo efímero y engañoso se ha vuelto. El escepticismo se afianza y la pregunta que interroga por el fin de la existencia toma renovado auge.

Sectas, religiones, movimientos místicos, etc., son las formas en las cuales se busca comprenderse a sí mismo.

Tal es el fondo, el sentido del desarrollo y el progreso actual; innovaciones tecnológicas, confort y lujo que sin embargo, no son capaces de hacer olvidar la finitud del hombre y el sufrimiento de miles de congéneres, víctimas de la lógica del avance hacia el futuro técnicamente concebido.

En este caótico contexto ¿Qué se puede esperar de una acción política alternativa, que asuma el sentido de la crisis total de civilización e intente superarla?

En primer lugar, pensamos que la pregunta indica algo: asumir el sentido, tomar conciencia de la situación, es decir, plantearse desde su historicidad, la cual no es otra cosa en nuestros días, que la inmediata presencia de la nada y la eternidad en la acción del hombre. Sea porque “Dios ha muerto” o “Dios es en cada uno de nosotros”, la acción política toma como base la indeterminada libertad del individuo y con ella misma la necesidad del reconocimiento, no en términos de cosa, sino de sustancia viva. De este modo la historia es la eternidad viviente en cada uno.

A partir de allí, el sentido de lo político consiste en provocar, en desencadenar una acción sin miedo, que permita sentir, reconciliar la organicidad del hombre y la nada que le envuelve, es decir, fomentar la transparencia y la honestidad mediante el desvelamiento del poder -en especial de su uso agresivo- instrumental-. Porque así, reconociendo el carácter efímero y finito de todo obrar humano, el vacío que profundo habita en todo ser particular y en especial la vanalidad de los sedicentes poderosos que, desde su ignorancia y frustración infantil desean representarse y ser reconocidos como seres divinos, así, de esta manera, el individuo no se es en el mañana ni en el pasado, sino en el presente que compromete su acción.

En segundo término, implica un descentramiento de la propia imagen del mundo, en cuanto “Weltanschauung” cultural. Esto es particularmente necesario en occidente: comprender que el universo es imaginado de formas diferentes a la “tecné” racionalista, al principio teleológico finalista y que existen cosmovisiones, las cuales no centran su actividad ni su identidad en una acción hacia el futuro (llámese progreso o desarrollo), sino en una superación constante del pasado en el presente, que empero, no es la realización de futuro alguno proyectado. Un ideal de vida buena, no es pues de modo alguno necesariamente unilateral; la búsqueda de su concreción está referida a una actitud moral, que entraña sus raíces en la propia historia personal y colectiva. El descentramiento de la propia cultura implica precisamente la alteridad, el intento por la comprensión de ese otro horizonte histórico vital, desde el que se funda una praxis humana, un ideal de vida.

Una actividad política alternativa, debe ser capaz de desplegar un discurso que no se limite al “sentido común” de la sociedad, integrada en el unilateral-teleológico proyecto del capitalismo occidental. Debe superar dichas fronteras y atreverse al umbral de lo otro-extraño, que empero, es la mínima exigencia de cualquier intento de universalidad discursiva.

Esto implica dejar atrás esa visión tutelar sobre otros pueblos y culturas, que desde la ignorancia autoritaria son tratados como irracionales menores de edad.

La capacidad para producir y transformar la naturaleza. La potencia instrumental, no constituyen ningún criterio fáctico-empírico, para medir los niveles de satisfacción de una vida buena, para decidir sobre la racionalidad o no de una cultura.

Precisamente los elevados niveles de criminalidad,

miseria, enfermedades mentales, drogadicción, etc., desdicen bastante sobre la monológica autolegitimación de la sociedad (post)industrial.

En tercer lugar, se debe reconocer la trans-historicidad de la acción política y de las subjetividades con vocación de poder. Reconocer los principios antiguos del buen gobierno, reactualizados desde una crítica al presente, ilustrando a la opinión pública generalizada, referente a la lógica del poder y preparándola a resistir su ejercicio omnimodo y unilateral. Es decir, dirigirse al ciudadano de hoy como individuo, con necesidades propias y colectivas, pero que debe asumir el valor primado de la libertad para conducir su vida. Libertad que en tanto ser colectivo, precisa para su realización de unas condiciones materiales e intersubjetivas de equidad y reconocimiento.

La trans-historicidad de la política, se percibe en cuanto valores culturalmente fincados; equidad y libertad llevados a la práctica como tolerancia y cooperación. La acción política tiende a la acción silenciosa de construir puentes y levar solidaridades, redes de apoyo y entendimientos con base en individuos subjetivamente fuertes, que se saben a sí mismos la fuente de todo poder histórico; es una opción en contravía del hedonismo caudillista, de la prepotencia del estratega; es el obrar dialéctico de las termitas, que erodan el tronco aparentemente sólido de las estructuras de dominación y de aquella serena, pero firme acción, de quien teje nuevos lazos entre lo disperso-extraño.

Por último, se trata de propiciar el fortalecimiento de una conciencia global y planetaria de la acción humana, que permita la superación y recreación de valores individuales, para enfrentar la doble lógica del sistema político

normativo y del sistema económico orientado al mercado de consumo compulsivo. Valores que se antepongan a la reducción del individuo a mero instrumento o cosa, pero que a su vez sean dinámicos en la búsqueda de nuevas alternativas, donde se reconozca el valor intrínseco de la naturaleza y de la mediación allí dada del ser humano.

Es observar en cada acción, un acto de la totalidad del sujeto, con capacidad de producir efectos contrarios a los deseados; es la búsqueda -siempre difícil- de la coherencia entre conciencia y obrar, única manera mediante la cual se puede superar la acción mimética y el discurso unilateral del idealismo tecnológico.

NOTAS

- 1 Lipovetsky, Gilles. "Espacio privado y espacio público en la era posmoderna" Rev. *Sociológica* # 8. México 1993.
- 2 Enzenberg, Hans Magnus. "Elogio del analfabeto" -Una mirada crítica sobre la industria cultural desde le corazón del sistema dominante. *Comunidad* No. 68. Montevideo, 1989.
- 3 El interior de estos esquemas han venido presentándose unos deslizamientos erosivo "que conmocionan los fundamentos racionales del ejercicio del poder", "insurrecciones culturales marginales" en el orden de lo simbólico, " que han confrontado simultáneamente las diversas formas de opresión de la sociedad autoritaria como son la represión, la depresión, y la supresión". Movimientos anartísticos que "han hecho del centro la nada especular que muestra el vacío referencial de la representación del orden lógico racional y pragmático." Zuleta Ruiz, León Benhur, "La decadencia del patriarcado". Rev. *Re-Lecturas* # 16. Medellín, 1993.
Ver también: Marramao, Giacomo. Palabra clave <metapolítica>. Mas allá de los esquemas binarios acción-sistema, comunicación-estrategia. En *Razón, Ética y Política*. Anthropos. Barcelona, 1989.
- 4 Jungel, E. Cristología de la "muerte de Dios": entre el teísmo y el ateísmo. En *Razón, Ética y Política*. Anthropos, Barcelona, 1989.
Cortina, Adela. Ética mínima. Introducción a una filosofía práctica. Anthropos. Barcelona.
- 5 En una minoría "su potencia viene de lo que ella ha sabido crear y que pasará mas o menos por el modelo sin depender de él. El pueblo es siempre una minoría creadora..." Guilles Deleuze, entrevista con Toni Negri. *Magazín del Espectador* No 511. Bogotá, 1993.
- 6 Offe, Claus. Partidos políticos y nuevos movimientos sociales. Ed. Sistema. Madrid, 1989.
García Santesmases, Antonio. "Nuevas categorías de entendimiento de la política" *Suplementos Anthropos* # 28. Barcelona, 1991.
- 7 La energía eléctrica, fuera de ser concebida como dinámica (dynamis) es masa comunicante, regulable mediante hondas y impulsos. La luz se traduce a fotones, otro mundo se antepone al relacionarse cercano y frente a frente de los humanos: televisión y juegos de video interactivos. Se crean los ciberespacios, la realidad deviene virtual. Hernaez, Salvador. "Ciberdimensiones"
Rev. *Viejo Topo* # 72. Barcelona, 1994.
- 8 Barbero, Jesús Martín. La comunicación, un campo de problemas a pensar. Colombia, Ciencia y Tecnología. Vol 11. No 2. Bogotá, 1993.
- 9 "La naturaleza teniendo en cuenta la necesidad de la conservación, ha creado unos seres para mandar y otros para obedecer [señor y esclavo, esposo y mujer] (sic) son la base de la familia, (sic) la asociación natural y permanente" que da origen a la ciudad-estado. Aristóteles. La Política,

- en Obras completas de Aristóteles. Traducción de Patricio Azcárate. Buenos Aires, 1947. T-1, pg 535.
- 10 Este sentimiento moderno está claramente expresado en el poema de Charles Baudelaire El Viaje.
- 11 Finley, Momsem. El nacimiento de la política. Ed Crítica. Barcelona, 1989. Pg 129
Bell, Daniel. "Quién decidirá? Políticos y tecnócratas en la sociedad postindustrial" en El advenimiento de la sociedad postindustrial. Alianza universidad. Madrid, 1976.
- 12 Laclau, Ernesto. Los nuevos movimientos y la pluralidad de lo social. En *Foro* No 4. Bogotá, 1987.
- 13 Sobre la distinción entre Amigo y Enemigo como fundamento de la movilización y decisión política en la obra del jurista alemán del tercer Reich, ver: Kaumann, Mathias. Los principios filosóficos del Estado y del Derecho de Carl Schmidt. Alfa, Barcelona, 1989.
- 14 "Cuanto mayor sea el triunfo de la política en este fin de siglo, mayor será la crisis de credibilidad que la caracterice". Ródenas, Pablo. Definición de la política. En *Suplementos Anthropos*. No 28. Barcelona, 1991.
- 15 Salazar Sotelo, Francisco. La sociedad de masas -por una sociología de las masas. En *Sociológica* No 23. México, 1993.
Bell, Daniel. Las contradicciones culturales del capitalismo. Alianza universidad. Madrid, 1977. Pg 89.
- 16 En la sociedad contemporánea, y más aún, en las sociedades subdesarrolladas de occidente, no se puede hablar fácilmente de una identidad individuo (ciudadano)-Estado, tal como lo manifestaba Hegel de "...eso esencial, la unidad de la voluntad subjetiva y de lo universal, es el orbe moral, y en su forma concreta, el Estado."
G.W.F. Hegel. Lecciones sobre la filosofía de la historia universal. Ediciones de la Revista de Occidente, traducción de José Gaos. Madrid, 1974. Pg 100.
- 17 Boaventura de Sousa Santos. "Una cartografía simbólica de las representaciones sociales -Prolegómenos a una concepción posmoderna del derecho" en Estado, Derecho y Luchas Sociales. ILSA. Bogotá, 1989. Pg 232.
- 18 Sobre el ciberespacio y la resistencia telemática ver:
Canogar, Diego. Guerrilla en las redes.
Mayo, José. La contracultura digital.
Hernández, Salvador. Ciberdimensiones.
Todos en la revista *El Viejo Topo* No 72. Barcelona, 1994.
- 19 Offe, Claus. Conversaciones con Claus Offe. En *Sociológica* No 22. México, 1993.
- 20 Mires, Fernando. "El sentido político de la ecología en América Latina". *El Canelo* No 53-54. Santiago de Chile, 1994.
Escobar, Arturo. El desarrollo sostenible: diálogo de discursos. *Foro* No 23. Bogotá, 1994.
- 21 Este sentido de equidad social se presenta ligado indisolublemente con las condiciones reales de la libertad individual y con las condiciones

- procedimentales-argumentativas de la construcción jurídico-normativa de una sociedad democrática.
- Habermas, Jürgen. "Política conservadora, trabajo, socialismo y utopía hoy" en *Ensayos políticos. Crítica*. Barcelona, 1990.
- Rawls, John. *Sobre las libertades*. Paidós. Barcelona, 1990.
- Rubio Carracedo, José. "El estado legítimo: modelo liberal-social" en *Paradigmas de la política*. Anthropos. Barcelona, 1990.
- Cortina, Adela. *Ética discursiva y democracia política*. En *Revista Colombiana de Psicología # 2*. Bogotá, 1993.
- 22 Álvarez Dorransoro, Javier. *El fondo moral de la corrupción*. En *Rev. Página Abierta # 40*. Madrid, 1994.
- Engels, Bruno. *Viejo problema con nueva actualidad: Corrupción*. En *Rev. Perfiles liberales # 35*. Bogotá, 1994.
- Luttwack, Edward. *La corrupción italiana. Vuelta*. México, febrero, 1994.
- 23 Krauthausen, Ciro. *Poder y mercado -El narcotráfico colombiano y la mafia siciliana*. *Nueva Sociedad* No 130. Caracas, 1994.
- Amorim, Carlos. *Comando Vermelho -A historia secreta do crime organizado*. Record. Río de Janeiro, 1993.
- 24 Para una mayor ampliación sobre el significado sociológico y cultural del consumo de drogas ver:
- Furst, Peter. *Los alucinógenos y la cultura*. Fondo de cultura económica. México, 1980.
- Harner, Michael. *Alucinógenos y chamanismo*. Guadarrama. Madrid, 1976.
- Weil, Andrew. *La mente natural. Extemporáneos*. México, 1970.
- Escohotado, Antonio. *Historia de las drogas*. 3 volúmenes. Alianza. Madrid, 1992.
- Restrepo, Luis Carlos. *La fruta prohibida: La droga en el espejo de la cultura*. Librería hojas de hierba. Medellín, 1994.
- 25 Sobre la dificultad de trazar una tipología universal, ver:
- Bayes, Ramón. *Iniciación a la farmacología del comportamiento*. Fontanella. Barcelona, 1977. Pgs 34 y 77.
- Oughourlian, Jean Michel. *La persona del toxicómano*. Herder. Barcelona, 1977. Pgs 31-52.
- 26 Incluso autores como Weil hablan de una cierta orientación biológica al extrañamiento que producen las drogas y cita el caso de numerosos juegos infantiles que tienden a ello.
- 27 Habermas, Jürgen. "Sistema y mundo de la vida" en *Teoría de la Acción Comunicativa*. Vol II. Taurus. Madrid, 1990.
- 28 Emerson, Alfred. "Variación y retención selectiva en la evolución socio-cultural".
- 29 Rodríguez Breitman, Miriam. *La construcción social de la infancia delincuente*. *Nueva Sociedad* N° 129. Caracas, 1994.
- 30 Para el caso latinoamericano ver la investigación realizada por Armando Silva Téllez, *Los imaginarios urbanos*. (Tercer Mundo Editores. Bogotá, 1992)
- 31 Toledo, Víctor. *Utopía y naturaleza -El nuevo movimiento ecológico de los campesinos e indígenas en América Latina*. *Nueva Sociedad* No 122. Caracas, 1992.
- 32 Gilbert, Alan. *The latinamerican city*. Latin America Bureau. London, 1994.
- 33 Cada informe anual de la organización de derechos humanos Amnistía Internacional, muestra como tal fenómeno sucede a nivel internacional, acentuándose en los países pobres excolonias.
- 34 Rebeca Katumba. "Hambruna: un problema más allá de la sequía". *El Colombiano*. Julio 10 1994. Medellín.
- 35 Ello significa: "organizar la responsabilidad de la humanidad en base a las consecuencias (y co-consecuencias) de sus acciones a nivel planetario". Apel, Karl-Otto. *La situación del hombre como problema ético*. En *El conflicto de las sociedades modernas*. Anthropos. Barcelona, 1989.

HIPÓTESIS PARA UNA INTERPRETACIÓN DE LA SITUACIÓN POLÍTICA ACTUAL DE COLOMBIA¹

Jorge Salazar García
Investigador
Area de Análisis Político
Instituto Popular de Capacitación - I.P.C.
Abril de 1993

La necesidad de plantear una hipótesis general sobre la situación actual del país, para desarrollar el análisis de coyuntura, parte de dos aspectos básicos:

- **En primera medida**, una postura metodológica que considera que el análisis de coyuntura, tiene que partir de un reconocimiento de su inserción en un marco teórico general, histórico y estructural que lo dote de sentido. Significa que este análisis, reconoce que el presente está inmerso en un proceso general, del cual forma parte y al cual, en grados diversos, determina. En este sentido, la historia no es una invitada más: es una condición de posibilidad para reconstruir el modo particular de articulación o no-articulación de las determinaciones; la herramienta que permite leer, tanto el acontecimiento como la estructura, en su forma coyuntural, esto es, como momento actual de las contradicciones sociales.

Se trata entonces de detectar la magnitud de los cambios sociales producidos, así como las conexiones, apoyos, bloqueos y juegos de fuerzas que operan bajo las circunstancias del presente y que pueden inaugurar un futuro diferente.

- **Y como segundo**, el reconocimiento de la magnitud y complejidad de la actual crisis del país, que desborda cualquier interpretación coyunturalista y nos plantea la necesidad de hurgar en nuestra historia y nuestra realidad estructural. Y no es fácil vincular la pérdida de sentido colectivo o la ausencia de cualquier ética en las relaciones económicas, o la misma agresividad ciudadana y el entrecruzamiento de violencias de todo tipo, con la mera persistencia de la crisis del régimen político, o los cambios en el modelo de desarrollo.

Asistimos en el país a una realidad en donde se han entrecruzado diversos niveles críticos. La crisis del régimen político, la crisis del modelo de desarrollo económico y su readecuación, la crisis en la cultura política y la crisis de la izquierda y el movimiento popular, convergen en un mismo proceso, aunque con temporalidades propias.

Se presenta entonces, un debilitamiento de las identidades colectivas, o sea, crisis generalizada de representación; una informalización y des-institucionalización de las relaciones sociales, es decir, **crisis de legitimidad**; y se da una crisis de hegemonía del bloque en el poder, sin llegar a consolidarse en propiedad una crisis de dominación. Como dice el argentino Guillermo O'donnell, una "extraña situación pre-revolucionaria, sin revolución ni revolucionarios".²

Esta situación ha estado atravesada por la coyuntura internacional. Sobre el particular haremos mención a dos aspectos que consideramos centrales: el derrumbe del lla-

mado "Socialismo Real" que ha servido para ocultar la crisis y reestructuración del capitalismo, y por otro lado, la crisis de la izquierda y el movimiento popular.

De otra parte, el proceso de reestructuración capitalista a nivel mundial, genera cambios en la división internacional del trabajo y en la composición de bloques de poder (el mundo ya no es bipolar sino multipolar). Esto le plantea retos a los países de América Latina: podemos decir que nuestros países "se pelean un lugar en el mundo".

En este cuadro de crisis y reacomodo del modelo de desarrollo, de crisis de legitimidad, de gobernabilidad, de la cultura política y en el límite de una crisis moral, está presente, por momentos, una quiebra que nos conduce a una anomia generalizada de todo cuerpo social.

Y esto es grave: la anomia dificulta los cambios, no los hace posible. Estados de anomia tienen una afinidad con procesos de descomposición de la estructura (tejido) social. Y estas situaciones son siempre desfavorables al crecimiento de la organización, en especial de aquellas organizaciones sin la cual ningún cambio es posible.³ Las situaciones de este tipo, a lo sumo, lo que generan es desesperanza y extremismo, mentalidad de sobrevivencia.

Ante dicha situación, son múltiples las interpretaciones, valoraciones y los énfasis que al respecto existen. En general, todas estas expresiones en algún sentido, reconocen la crisis del Estado. Eduardo Pizarro (uno de los más optimistas) dice: "Colombia se encontró entre 1989 y 1990 "al filo del caos" en el umbral de una crisis de gobernabilidad de su sistema político. A la superposición de múltiples violencias se añadió un derrumbe parcial del precario Estado colombiano... dos años después se vive en el país un clima distinto".⁴

Frente a la crisis de Estado, entendida como crisis de

articulación global entre Estado y sociedad, las diferencias en los análisis estriban en la caracterización del tipo de crisis y de su profundidad.

Unas interpretaciones parten de considerar la precariedad del Estado como producto, de que ésta es una tarea inconclusa y nos encontramos en dicho proceso; otros centran su análisis en la contradicción que se desarrolla entre una modernización a medias, sin un proyecto de modernidad, o sea, cierto subdesarrollo político; y algunos basan su reflexión en el proceso de reestructuración capitalista a nivel mundial, los cambios en el patrón de acumulación y sus efectos en realidades como la nuestra.

Desde nuestra manera de ver, dichas interpretaciones nos parecen insuficientes y parciales. Consideramos en cambio, que el tipo y la profundidad de la crisis, nos sitúan en una **crisis de nación**, en cuyo marco se están construyendo las opciones de solución y las nuevas expresiones de la dominación o articulación y confrontación de los diversos grupos sociales.

Entonces, decimos que lo que hoy está en cuestión, en crisis, es la vía y el proyecto que se adoptó para construirnos como nación. Por lo tanto, los retos que hoy tenemos de democracia, desarrollo, integración y modernidad, tienen que ser vistos en conjunto desde la partida. Es la única manera de reconquistar la capacidad de reconstruir una imagen de nuestro propio futuro, de reconstruir proyectos alternativos.

I. EL CONCEPTO DE NACIÓN

Los seres humanos necesitan de autoconciencia, de autoapropiación y captación del sentido de su ser para proyectarse y expresarse en el mundo. Necesitan poseer fundamentos para la construcción de la propia vida y del

mundo en que esa vida se hace posible, es decir, cada uno de nosotros tiene que colaborar en la configuración del “espacio humano”: un espacio colectivo, “público” que permita e impulse el despliegue de la personalidad de cada uno de los seres humanos.⁵

Así, toda sociedad define unos límites simbólicos que configuran su experiencia y comprensión del mundo, unos límites normativos entre el “bien y el mal”; además, adopta una serie de respuestas que pueden ser “reales-rationales” o imaginarias-ideológicas” a las preguntas sobre la muerte, el amor o la tragedia, y categorías cognitivas (espacio, tiempo, verdad) que hacen posible el representar-decir sociales. O sea, toda sociedad se dota de representaciones colectivas o universos simbólicos que traducen significaciones (sentidos) sociales (normas, valores, ritos, ideas, proyectos, tradiciones, etc.).⁶

Estas representaciones colectivas, que producen referentes de identidad, históricamente son el resultado de relaciones entre sujetos sociales, que se sienten participantes de un mismo pueblo y nación, de un mismo proyecto; pero de un proyecto que se construye además como cultura, es decir, “como horizonte de posibilidades utópicas y políticas que influyen sobre la percepción y conducta de los individuos y grupos”.⁷

Por ello, los procesos que se encuentran en la formación de la nación moderna, son el resultado de un prolongado enfrentamiento entre grupos o fuerzas sociales, portadoras de formas de vida material y espiritual que se funden para alcanzar una cierta identidad.

En este sentido, cada época ha tenido su propia idea de nación. Así es como el hecho nacional es un hecho histórico, explicable por y producto de formas particulares de desarrollo.

No se puede entonces confundir el hecho nacional en sí, con algunas de sus manifestaciones históricas. "La nación moderna surgida a partir de la revolución Francesa, constituye tan solo una de las formas históricas de expresión del hecho nacional, o si se prefiere, una de las formas históricas a través de la cual se han estructurado las colectividades o comunidades humanas".⁸

Ahora bien, en la época moderna, la nación encuentra su mayor expresión en el Estado nacional. Estado y nación forman en procesos históricos, sobre una base común, hasta llegar a convertirse en una nueva forma de existencia social, con formas de conciencia e identificación comunes, en una sociedad escindida en clases en conflicto.

Es el capitalismo en sus albores, lo que le da el sentido actual a la nación, la cual adquiere en la sociedad burguesa, la forma de Estado nacional y en su gestación fue básica la presencia dinámica de un mercado interior. Además, fue necesaria la existencia de una clase dominante, que se vio obligada a organizarse en un plano universal. La universalidad de la burguesía adquiere una forma nacional, para dar históricamente a sus intereses una forma general. Es aquí donde aparece necesariamente el Estado, como expresión política de esa generalidad. Por ello la dominación política tiene una expresión de hegemonía, de dirección cultural e ideológica.

En la medida, el nivel político y el cultural no se pueden derivar exclusivamente de lo económico, aunque tampoco se pueden desligar (de hecho conforman una unidad contradictoria en cada sociedad). Hay que situarse críticamente frente al concepto de formación social, concebida como la imbricación de varios modos de producción. Cada sociedad es una realidad histórica que se

condensa como sistema hegemónico y no solamente como la articulación de modos de producción. Es decir, cada sociedad es un concreto histórico que se condensa como sistema hegemónico.

La nación es así, una realidad multidimensional, objetiva y subjetiva: es una comunidad territorial; una comunidad económica; una forma de organización social y política; una comunidad de destino alrededor de un proyecto de sociedad, o sea, como horizonte de posibilidades utópicas y políticas que influyen sobre la percepción y conducta de los individuos y grupos; es un fenómeno simbólico-cultural que constituye un proceso de identidad, sobre la base de seleccionar elementos simbólicos que homogeneizan a cierto nivel, a los miembros de dicha comunidad.

Tenemos entonces que el concepto de nación involucra una comunidad de relaciones económicas contradictorias; una tradición común, destino compartido, luchas y resistencias; además, un proceso de representación ideológica que se expresa en la elaboración cultural de todo aquel conjunto de experiencias nacionales.

Es así como la idea de nación, se convierte en un elemento fundamental para la legitimación del sistema político y del ejercicio de la autoridad del Estado. Pero también expresa el tipo de articulación geográfica y económica de las regiones al interior de un país; los niveles de interacción étnico-cultural de la sociedad y de autorreconocimiento nacional de ésta. Se produce así una comunidad de carácter, no en el sentido de que los individuos de la misma nación sean similares entre sí, sino que sobre el carácter de cada individuo actúa la misma fuerza.⁹ Por esto, las nociones de pueblo y nación y por otro lado la de Estado, operan en la realidad interrelacionadas: se apo-

yan la una en la otra como formas de vivencia de lo que un país es.¹⁰

En este contexto, la calidad nacional viene a ser la ocasión para que se consolide la sociedad y en la medida que ello se logra, se garantiza la reproducción social de la misma.

Por lo tanto, podemos decir que la nación es un medio que permite crear congruencia entre la unidad cultural y la política. En este sentido, el Estado necesita una dimensión nacional precisa y la nación un poder unificador y ordenador.

Ahora bien, el proceso de construcción de la nación como realidad multidimensional, suele desarrollarse a diferentes ritmos, según cada una de sus dimensiones, por lo que a veces el proceso de creación de esta no es uniforme. Esto también se da en el caso de las regiones de un país, pues mientras algunas desarrollan plenamente la nación política, económica y simbólicamente, otras permanecen alejadas de este tipo de integración.

Por otro lado, la construcción de la nación es un proceso que demanda una selección de rasgos culturales, geográficos, momentos históricos o la invención de ellos, lo cual requiere de una élite dirigente. Por ello es fundamental el proceso de formación de las clases, la naturaleza de las mismas y sus relaciones de cooperación y conflicto, es decir, cuando una colectividad humana concreta decide convertirse en sujeto soberano y construye un poder político propio. Así, frente al problema clase-nación, lo pertinente no es buscar la determinación de una sobre la otra, sino las relaciones que se establecen entre las clases para la determinación nacional.¹¹

La nación moderna es así, un agrupamiento colectivo cuya especificidad esta dada por la naturaleza de la cohe-

sión social interna y donde el Estado es el factor, la estructura jurídico-política, que consolida y mantiene dicha cohesión. Se presentan incluso casos en que el Estado es anterior a la nación y anterior además a la etnia.¹²

Por lo tanto la nación, tratándose de una categoría histórica, se especifica en condiciones particulares para cada experiencia. Por esto, sin tener una idea de nación, al menos como intención, es difícil pensar en la época moderna, la existencia de las sociedades con fronteras y el Estado, por más débil que sea. El problema es que las particularidades le dan su expresión concreta, sus propios parámetros.

En este mismo sentido, decimos que las tesis que sustentan para América Latina, que las clases dominantes no han sido dirigentes y que así mismo consideran al Estado como mero instrumento de violencia en manos de ésta, son inconsistentes. El verdadero poder de la clase dominante no consiste en la violencia, ni descansa en ésta. Es definido por el papel que la clase dominante desempeña en la sociedad, a partir de lo cual puede ejercer la violencia con éxito.

II. LA CONSTRUCCIÓN DE LA NACIÓN EN COLOMBIA

En primer término, plantearemos algunos elementos básicos que son comunes a todos los países de América Latina.

La larga experiencia colonial, solo estableció algunas condiciones mínimas para que se generaran, con alguna fuerza, aspectos culturales de la nacionalidad y muy pocos componentes materiales.

Fue el proceso de las guerras de independencia, las que en su gestación y en su desarrollo, significaron una

primera toma de conciencia. De hecho, estas guerras construyeron una legitimidad y un sentido heroico del pasado. Esto contribuyó a que los elementos subjetivos de la nacionalidad en formación, cristalizaran como fermentos de identidad colectiva.

A partir de allí, los latinoamericanos siempre tuvieron como retos superar, tanto la marginalización producida por sus sociedades como la inducida por sus propias sociedades frente al mundo moderno. Integrarse a ese mundo y a si mismo como sociedades, son desafíos que están en los orígenes de lo que podríamos llamar, "la condición latinoamericana".

Esta situación se desarrolla en el marco de una economía internacional que la determina. Así es como las sociedades latinoamericanas se desarrollaron dentro de una situación dependiente, y esta condición es uno de los aspectos estructurales-constitutivos de lo que es el desarrollo de la nación, del Estado y de las clases sociales en la historia de la región.

Pero a pesar de este condicionamiento, el Estado surge aquí con pretensiones de ser el instrumento privilegiado de la unidad y la representación de la nación. Es decir, la formación del Estado nacional se planteó tanto como una coyuntura para desarrollar la economía, como un elemento para reordenar el poder interior. Es decir, construir un poder político propio.

Por eso, "para la construcción paulatina de la nación fue condición necesaria la formación de un poder central, mientras que la articulación estable y vigorosa al mercado mundial fue la condición suficiente".¹³

La delimitación territorial de la nación, constituyó así parte del proceso original de formación del poder estatal en América Latina. Antes que se planteara el problema de

las relaciones de producción, es decir, antes de la constitución del mercado capitalista interior, el problema de la territorialidad nacional se resuelve en un movimiento político desde adentro y desde afuera. Por ello en América Latina, la primera experiencia nacional no fue el mercado sino la política.

Por otro lado, así América Latina siempre se haya caracterizado por regímenes de exclusión, las viejas oligarquías, tuvieron la pretensión de servir de base a la construcción de Estados nacionales relativamente integrados. Por eso, la palabra "Revolución" tuvo y ha tenido en América Latina un sentido heterodoxo: la utiliza tanto la extrema derecha como la extrema izquierda.

Al respecto dice el brasileño Francisco Weffort: "En estos países "sin pasado", en todo caso de tradiciones muy frágiles, existe por cierto una derecha, hasta "varias" derechas, algunas incluso muy truculentas. Pero no existen conservadores, por lo menos en el sentido en que estos se forman bajo el impacto de la revolución francesa, inspirados en las glorias pasadas de Europa. Aquí en la mayor parte de los países y en la mayor parte de las tendencias políticas, el pasado siempre fue más pobre de lo que se imaginaban pudiese ser el futuro. Hasta la derecha más dura siempre imaginó que debería, de algún modo, cambiar la sociedad".¹⁴

En Colombia, el proceso de construcción de la nación estuvo atravesado por estos rasgos comunes a toda América Latina: el reto de integrarse al mundo e integrarse a si mismo como sociedades, que trajo de un lado, la dependencia y de otro la necesidad de organizar un poder central interior y nacional. Por ello la política va a ser también nuestra primera experiencia nacional.

"En nuestro caso, la nación es una creación de la élite

criolla que utilizó como principal componente la cultura política, para convertirla en elemento articulador entre el Estado, la nación y el pueblo. Frente a la ausencia de cualquier tipo de matriz orgánica, histórica o cultural, la política surgió como el medio que permitió a los patriotas crear una nación por la sola voluntad, logrando formar, a largo plazo, un pueblo colombiano".¹⁵

Con la independencia colonial, la unidad política y administrativa de las regiones quedó bastante debilitada, no existiendo sino, en algunos casos, ataduras económicas inter-regionales con flujos de mercados débiles.

Sin embargo, pudo persistir, frente a las particularidades regionales, esa primigenia toma de conciencia producto de la guerra de independencia. Es decir, el proyecto ideológico que se conformó durante la lucha, persistió. Esto fue común en América Latina, pero en nuestro país se presentan unas particularidades que es importante anotar.

A diferencia de otros países de América Latina, marcados fuertemente por raíces étnicas como la inmigración europea o por la presencia mayoritaria de población indígena, Colombia ha sido un país predominantemente mestizo. Además, la complejidad de la geografía colombiana y la dispersión territorial y económica resultante de unos procesos inacabados de colonización y poblamiento del territorio, han constituido un serio factor de fragmentación.

Este hecho, más la falta de capacidad de las distintas regiones neogranadinas, para que algunas de ellas hubiesen podido imponerse políticamente en forma sostenida sobre las demás, permitió que este relativo equilibrio de supremacías se convirtiera en factor de unificación, debido a la competencia política que despertó entre las diferentes élites regionales.

Dicho fraccionamiento regional, aunado a la ausencia de un grupo social homogéneo y definido y con la carencia de una ciudad capital que dominara de una manera indiscutida, hicieron difícil el florecimiento de poderes fuertes, lo que impidió que siguiéramos el camino que tomaron otros países de América Latina: el caudillismo y la dictadura. La escogencia de la vía republicana fue por ausencia de alternativas, más que por convicciones democráticas. Se formó la ficción democrática y la formalidad jurídica y electoral. Este sistema funcionaba, como veremos, gracias a la distancia entre pueblo real y pueblo ficticio.¹⁶

En este contexto se fue erigiendo una amorfa clase dominante, en cuyo interior no se identificaban con claridad fracciones. Este hecho era reforzado por las diferencias existentes en los procesos productivos de las diferentes regiones neogranadinas. A diferencia de Europa, donde se configuró primero una clase terrateniente y luego una burguesía comercial bien diferenciada, en la Nueva Granada, al tiempo que se consolidaban los terratenientes, se constituía en su seno los embriones de una burguesía comercial.

Todo el proceso de guerras en el siglo pasado, dieron como resultado la consolidación de los terratenientes como la clase dominante. La debilidad económica del sector comercial, junto a una estructura productiva agraria sumamente atrasada, apoyada en el autoabastecimiento con un objetivo secundario en el mercado, determinaron la configuración de una élite dominante bajo la hegemonía de los terratenientes.¹⁷

Una vez se consolida dicho proceso, surge la necesidad de estabilizar un determinado tipo de régimen político. Esto es lo que expresa el proceso de triunfo del pro-

yecto de la Regeneración, la cual marca el inicio de consolidación de un proceso de construcción de la nación, de un proyecto hegemónico cultural e ideológico. Este es uno de los grandes hitos de la historia de nuestro país.

Dicho proyecto se va a caracterizar además, por varios aspectos: uno de ellos es el papel de la Iglesia. Son ciertos los conflictos entre la Iglesia y el Estado, que ocuparon un lugar central en el debate entre liberales radicales y conservadores durante el siglo XIX, sin embargo esto no condujo a la laicización del Estado y de la sociedad, sino a una versión republicana del régimen de cristiandad. La Iglesia y la religión van a ser un instrumento esencial de control social.

Otro de los rasgos centrales es el bipartidismo. Desde mediados del siglo XIX, las ideologías partidistas fueron penetrando en la conciencia del pueblo colombiano y se convirtieron en el lenguaje común de un mundo separado regionalmente. El Estado encontró un camino, ante la inexistencia de un mercado interno, para integrar ideológica y espiritualmente nuestra desarticulación geográfica, económica y regional. El sentimiento de pertenencia nacional, el sentirse colombiano, estaba precedido de un lado, por identidades regionales (boyacense, antioqueño, costeño, santandereano, etc.) y en otro nivel, por ser liberal o conservador.

Estos partidos (liberal y conservador), desde su fundación se conformaron como federaciones de caciques y gamonales y no requerían del desarrollo de formas organizativas propias (o eran muy precarias), pues contaban con el usufructo de la organización estatal.

En general, podemos decir que la importancia social y política del bipartidismo y de la Iglesia Católica en el desarrollo histórico de la sociedad colombiana, radica en que

cumplían un papel central a tres niveles: en lo ritual y simbólico, al proporcionar una referencia colectiva de auto-identificación; en el ámbito de las sociabilidades, al proporcionar elementos de relación como sociedad; y en la integración física, al proporcionar formas de presencia del Estado en amplias zonas del territorio nacional, en los que apenas existían instituciones propiamente estatales.¹⁸

Tenemos entonces, que la idea de nación que imperó en las élites dominantes, era profundamente restrictiva y ha tenido una fuerte influencia de los postulados del nacionalismo conservador y de un “patriotismo hispanizante”. La clase dirigente centralista que se constituye, entabla una relación elitista europeizante, con el pueblo.

Colombia desconocía la realidad de su propio mestizaje. Estos rasgos de la versión oficial de la cultura, estimulados por los conservadores, pero compartido por muchos liberales, dificultaba el autorreconocimiento étnico-cultural de los colombianos.¹⁹ Prevalcían los vínculos de vecindad, parentesco y clientela, que no son igualitarios sino jerárquicos. En una sociedad de este tipo, las distancias culturales son enormes, lo que facilita la dominación en la medida que delimita tajantemente el lugar de los individuos.

El tipo de cultura en la cual fueron formados los colombianos, se ha caracterizado por el sectarismo, el mesianismo y cierto totalitarismo ideológico. Esto ha propiciado el simplismo y el facilismo en la mirada sobre la realidad y la falta de asimilación crítica de los hechos. De esta realidad no ha escapado tampoco la izquierda en Colombia. “La recepción del ideal comunista soviético por el comunismo comparte mucho del acriticismo y el romanticismo que caracterizaron, en el siglo pasado, la recepción del pensamiento liberal radical y socialista utópi-

co europeo por parte del radicalismo colombiano".²⁰

En este contexto, y aprovechando la coyuntura de la primera guerra mundial y posteriormente la crisis capitalista del 29 y 30, surge y se desarrolla el proceso de industrialización de nuestro país. Por ello la industrialización se da en el marco de una temprana alianza con los intereses agroexportadores y terratenientes. Esta característica va a ser otro de los rasgos fundamentales de nuestra historia y del modelo de desarrollo que predominó.

Es de aclarar, que este proceso de industrialización, se gesta en un contexto internacional, donde los países desarrollados necesitaban materias primas y productos agrícolas en alta escala. En segundo lugar, fueron obligados a disputarse el control de esas materias primas. Esto tuvo dos implicaciones principales: la dominación imperialista se centró sobre todo hacia los sectores primarios, dejando libre la actividad industrial a emprendedores nacionales, en los países que tuvieron algunas condiciones para ello; y como segundo, los conflictos bélicos mundiales, incluyendo la crisis del 30, dinamizaron la actividad industrial por la vía de la sustitución de importaciones.

Esto posibilita que la industria en sus comienzos, en varios países latinoamericanos, tuviera un fuerte impulso y una cierta autonomía nacional. Es después de la segunda guerra mundial (1945 en adelante), ante la nueva expansión imperialista, que estos procesos de industrialización se ligan más estrechamente con el capital extranjero y pierde ese dinamismo nacional del comienzo.²¹

En Colombia, además de la anterior característica común a varios países latinoamericanos (Argentina, Brasil, Chile, Uruguay, México), se presenta este proceso de industrialización en un contexto de un fuerte predominio

del sector terrateniente latifundista, agroexportador y el régimen instaurado con la Regeneración.

Esta situación trajo varias consecuencias: una de ellas es que, en Colombia no prosperó, ni fue necesario, el populismo como régimen político para facilitar el ascenso de la burguesía industrial y trazar un proyecto de modernización de largo alcance.

De esta situación proviene la particular debilidad del "núcleo endógeno" industrial en el país. Existió una imposibilidad histórica para que la burguesía industrial impulsara un proyecto intelectual y moral vía modernización política y cultural. El proyecto político cultural que continua vigente, con la introducción de mínimas reformas, fue el implantado durante la regeneración. Incluso, en el proceso que se vivió durante la época de la violencia y en los inicios del Frente Nacional, cuando la burguesía industrial se puede decir que asume la hegemonía a nivel económico, desde el punto de vista político y cultural se trata de burguesías crónicamente débiles.

La frustración histórica del populismo, constituye uno de los factores que han dificultado el reconocimiento del "pueblo" y de lo popular a nivel de la simbología política.

Por otra parte, la ausencia de competencia, propiciada por el monopolio de las fuentes de capital, generó de forma muy temprana la formación de estructuras oligopólicas, profundizando el carácter excluyente de la modernización económica. De entrada, la industria arranca oligopolista.

Además, se produce también un carácter muy conservador en materia de política económica. Al sistema de valores tradicionales en las élites políticas no escapan las élites económicas. Las relaciones entre industria y Estado son de carácter patrimonial y llevan un sello de fami-

lia, muy poco competitivo y más bien signado por relaciones hereditarias. Buena parte de las relaciones económicas están basadas en lazos de dependencia personal y no en lazos de dependencia mercantil.²²

Para concluir esta parte, diremos entonces que el resultado es un desarrollo económico que integra de manera excluyente a la mayoría de la población; un modelo de integración socio-espacial que margina varias regiones del país; la configuración de estructuras políticas excluyentes; y una cultura política marcada con claros rasgos de intolerancia y represión del adversario.

III. LA CRISIS

La época de la violencia de los años 50 y la dictadura militar que le siguió, es otro de los grandes hitos de nuestra historia. Allí se expresó una crisis del régimen político colombiano. Fue la consumación y agotamiento del sectarismo bipartidista.

A esta crisis se le respondió con la alianza bipartidista y con la mediación de las Fuerzas Armadas, que se conoce como "Frente Nacional". Esto va a significar una transición burocrática, clientelista y militar. La Iglesia empieza a ser desplazada en el régimen político (en lo cultural también) y las Fuerzas Armadas adquieren un papel central en el Estado. Se puede decir, que con la Regeneración se instaura un régimen político que podríamos caracterizar como una "república de cristiandad" y durante el Frente Nacional se desarrolla un régimen político que podríamos llamar como una "república militar".²³

El nuevo sistema no se ocupó de abrir nuevas posibilidades de organización en la sociedad, como respuestas adecuadas a la amplia gama de expectativas políticas que se engendraron una vez culminada la dictadura militar.

Al contrario, el régimen trata de continuar circunscribiendo monopólicamente al bipartidismo, la mediación política con el Estado. Por eso aprovecha la disponibilidad del viejo recurso del clientelismo para absorberlo y multiplicarlo. Con la generalización del clientelismo en su nuevo papel de articulador del sistema, la mediación se limitó a las demandas sociales que fueran susceptibles de transformarse directamente en votos. Las otras demandas, simplemente fueron reprimidas.

Tenemos entonces, que durante el desarrollo del Frente Nacional, entra en crisis el proyecto hegemónico de las élites dominantes. Son varias las razones que están presentes en este proceso.

A partir de los años 60', toda la riqueza de influencias internacionales, latinoamericanas (la Revolución Cubana) y universales, afectarán a la cultura colombiana, dejando huella en el proceso de encuentro con nosotros mismos y con el universo.

La relativa democratización de la educación, la difusión del marxismo y demás tendencias y desarrollos de las ciencias sociales (Antropología, Sociología, Sicoanálisis), estimularon la reflexión sobre la realidad nacional y sus aspectos problemáticos: el problema agrario, la violencia, las luchas sociales, etc. Estos procesos empezaron a mostrarle a los colombianos que su sociedad no era tan homogénea como habían imaginado o como les habían hecho creer. De otro lado, en las tres últimas décadas, la expansión de la frontera agrícola y el poblamiento de vastas regiones de llanura, modificó nuestra percepción del territorio y de la interacción hombre naturaleza al interior de nuestras fronteras nacionales. Colombia dejó de ser el tradicional país andino.

Además la invisibilidad de las minorías étnicas em-

pieza a disminuir y con ella la idea de Colombia como un país blanco y europeo, con un solo Dios y una sola lengua.²⁴

El país agrario y culturalmente conservador, sufrirá radicales transformaciones, vinculadas con un proceso de urbanización acelerada y con la profundización del desarrollo capitalista, tanto en el campo como en la ciudad.

Estos cambios rápidos y profundos de la sociedad colombiana hicieron entrar en crisis, tanto el modelo de la relación de la iglesia con la sociedad y el Estado, como el de la mediación política que el bipartidismo establecía entre la sociedad y el Estado.

El auge del movimiento estudiantil de fines del 60 y durante la década del 70, mostraron la pérdida del monopolio de los partidos tradicionales y de la Iglesia Católica sobre la vida intelectual y cultural del país.

Resumiendo, tenemos que los factores determinantes en la crisis del proyecto hegemónico de las élites dominantes son:

- La debilidad de la burguesía industrial, primero por el compromiso con la oligarquía primario-exportadora y segundo por la dependencia y la des-nacionalización.
- La limitación de la expansión exportadora.
- El advenimiento de la economía financiera especulativa.
- El debilitamiento acelerado de la racionalidad sectaria en el enfrentamiento partidista y la despoltización del bipartidismo.
- El clientelismo que inhibió la necesidad de producción ideológica.
- El debilitamiento del poder político e ideológico de la Iglesia.
- La "revolución" educativa y el proceso de urbanización.
- La penetración de la ideología de la seguridad nacional

y la creciente autonomía que alcanzó el estamento militar.

- El surgimiento de nuevos actores y fuerzas sociales y políticas.

El resultado final para principios de la década del 80, fue la definición de una profunda crisis del régimen político y el bipartidismo, agravado por la iniciación del ciclo depresivo más profundo de la economía colombiana.

Dicha situación va a expresar la doble crisis de hegemonía del bloque tradicional en el poder, con respecto a las clases subordinadas por el agotamiento de los mecanismos tradicionales de dominación y crisis de hegemonía dentro del mismo bloque en el poder, agravada por la presencia de los empresarios de la droga, una nueva poderosa fracción dominante que no logra tener la expresión política y social que corresponde a su poder económico y militar.

Esta doble crisis de hegemonía, debido a sus especificidades y por las características propias de la situación del régimen político colombiano, asume como rasgo dominante el desarrollo de formas "parainstitucionales" (la guerra "sucias"), acompañado de un proceso de paz consistente en una tímida reforma política y unos diálogos tortuosos con la guerrilla.²⁵

Es necesario precisar, que la presencia de este capitalismo mafioso, ha provocado una reestructuración económica traumática y un modelo de acumulación de gran violencia, así como el surgimiento de un nuevo actor económico, social y -ahora- político: la mafia, que ha transformado profundamente la dinámica de la sociedad colombiana.²⁶

Si bien es cierto que los dineros provenientes del narcotráfico contribuyeron a retrasar la crisis económica,

estas rentas externas provenientes de la droga, provocaron en los años 70 el desarrollo de una economía de renta. Es posible decir, que se consolida una economía rentística especulativa, basada esencialmente en el dinamismo de las actividades de intermediación y en la permanencia de las rentas externas, en desmedro, a mediano plazo, de la actividad propiamente industrial.

Por otro lado, a través de la implantación territorial, los empresarios de la droga no solo sustituyeron parcialmente a las élites tradicionales en ciertas regiones (Medellín), sino que además lograron, en forma indirecta, un reconocimiento político al cohesionar parcialmente al principio, un proyecto militar de contrainsurgencia.

La guerra sucia va a ser así, una expresión de las dificultades del régimen político colombiano, a inicios de los ochenta. Y expresa además, la consolidación de una poderosa extrema derecha armada, parainstitucional, en la cual participan poseedores tradicionales, pero no exclusivamente terratenientes, mafia y sectores de las Fuerzas Armadas.

La guerra sucia, asumió modalidades regionales particulares, según la combinación local que se diera entre los diversos elementos que la componían.

En ciertas regiones, ha estado ligada en lo fundamental al conflicto capital-trabajo, en el marco de un salvaje desarrollo capitalista del agro, tal es el caso de Urabá; en otros, como el Magdalena Medio, ligado al conflicto por la apropiación de la tierra entre campesinos, capital extranjero y el latifundio ganadero; en otros, a la renta petrolera (Arauca, Putumayo, Barranca) o minera (La Guajira).

Es preciso anotar, que producto de la crisis del régimen político centralista, las particularidades y conflictos regionales recobran dinamismo. Por ello muchas luchas y con-

frontaciones en el país se expresaran regionalmente.²⁷

Para terminar, la crisis del régimen político, la transición en la cultura política, la crisis del modelo de desarrollo, más la crisis de la izquierda y el movimiento popular, se combinan para producir la crisis de los marcos institucionales y simbólicos con la que el país venía afrontando los conflictos sociales. Se presenta entonces una crisis de nación y con esta realidad el país llega a la coyuntura del 89 al 91 y a la situación actual.

IV. LA IZQUIERDA Y EL MOVIMIENTO POPULAR

No es el propósito presentar la historia del movimiento popular, ni una interpretación de la misma. Esta sería una tarea por profundizar, ya que la mayoría de los análisis políticos que en el país se hacen, son sobre las élites dominantes, lo que dificulta una comprensión más completa de nuestra realidad.

En este sentido, haremos simplemente un recuento de los principales hechos vividos por el movimiento popular desde la década de los 60 y nos detendremos más específicamente en la década de los 80. Es en esta década donde el movimiento, mirado de conjunto, logra su mayor articulación y alcance, pero al mismo tiempo es cuando comienza la crisis por la que actualmente atraviesa.

Además, es a partir de la década de los 60, cuando el movimiento popular empieza a intentar constituirse, en forma sostenida, como fuerza política independiente de los partidos tradicionales. Las luchas de los trabajadores desarrolladas en los años 20 y 30, no logran trascender los marcos de la inclusión (luchar porque sus intereses sean tenidos en cuenta) y fueron reprimidos y canalizados por el régimen. No sobra anotar, que el comunismo co-

lombiano surge en un contexto de hegemonía conservadora y de oposición liberal, por lo que durante mucho tiempo se va a presentar una subordinación histórica de éste con el liberalismo.

En la década de los 60, los principales momentos que vive el movimiento popular son:

- El movimiento liderado por el sacerdote Camilo Torres, conocido como el "Frente Unido".
- El surgimiento de la guerrilla izquierdista, (ELN, FARC, EPL,) que va a ser heredera de la violencia bipartidista de los 50 y expresión en el país de la nueva izquierda latinoamericana.
- El surgimiento del sindicalismo independiente.
- El inicio del movimiento estudiantil, que significó la pérdida del monopolio de los partidos tradicionales y de la Iglesia Católica sobre la vida intelectual y cultural.

En los 70 tenemos:

- Los momentos más beligerantes del movimiento estudiantil.
- El desarrollo de un vigoroso movimiento campesino de carácter nacional, articulado alrededor de la ANUC.
- El paro cívico nacional de 1977. Este tipo de lucha, se va a convertir en la principal expresión de búsqueda de una forma de articulación de los diferentes sectores y protestas a nivel laboral y social del campo popular.
- El surgimiento del M-19, Organización guerrillera que gana un amplio protagonismo a nivel urbano a fines de la década.

En los 80, se presenta un fuerte ascenso del movimiento popular, cuyas principales expresiones fueron:

- La proliferación de paros cívicos locales y regionales, que involucran amplios sectores de la población y que

implicaban un acto de fuerza extrainstitucional (tendencia que asume el movimiento social en este período).

- El desarrollo de un movimiento campesino de carácter regional y local, pero por la envergadura y continuidad, tuvo incidencia política nacional.
- Procesos de centralización orgánica de varios movimientos sociales: la CUT, la ONIC y el Consejo Nacional Popular.
- La ampliación del movimiento guerrillero, que logra una incidencia de peso en la lucha militar y política. Por ello, los procesos de paz y diálogos se convirtieron en un eje de la evolución política en todo este tiempo.
- El surgimiento de Frentes Políticos (UP, FRENTE POPULAR, A LUCHAR) y de los movimientos políticos regionales (FAM, Inconformes de Nariño, etc.).
- La huelga general de 1988, que representó el punto de quiebre de este proceso. Podemos decir que a partir de allí, se viene desarrollando la profunda crisis de la izquierda y el movimiento popular.

A mediados de la década (85-87), se generó una cercanía entre las propuestas del movimiento armado, las organizaciones de la izquierda legal, el movimiento social y algunos sectores democráticos de las capas medias y la intelectualidad. Pero esta cercanía no logra producir una propuesta y un plan de acción conjunto. Se perdió así, una posibilidad histórica de construir un proyecto político, popular y democrático que fuera alternativo al régimen vigente. En este sentido, hay que decir que el despliegue de fuerza en la acción, es condición esencial para el cambio en el cuadro social y político, pero la conciencia colectiva y el nivel de dirección política y cultural dan la proyección histórica y los contornos de construcción de nuevos poderes. Sino es así, la acción desgasta.

Hagamos una aproximación a los factores que incidieron en dicha situación:

De un lado, la guerra sucia y los intentos de apertura política promocionados por sectores del establecimiento, frente a lo cual no se logró dar una respuesta articulada; y de otra parte, limitantes históricos del proceso de construcción del movimiento popular. Ambos factores se retroalimentaron.

De manera resumida, las limitantes históricas a las que nos referimos son:

- Rasgos de la cultura política de los colombianos, largamente cimentados, a los cuales la izquierda no escapó: el sectarismo, el autoritarismo, un romanticismo acrítico, el simplismo y el facilismo en la mirada sobre la realidad y la falta de asimilación crítica de los hechos, totalitarismo ideológico: “carecemos de una tradición de sano escepticismo. No se nos educó para la duda, sino más bien para la definición apriorística y emotiva, para la ubicación cómoda en uno de los dos extremos”.²⁸
- Frente al proceso acelerado de urbanización en el país, con todas las transformaciones sociales y culturales que ello implica, no se logra articular las expectativas de amplios sectores urbanos. Esto se fue evidenciando con el desgaste de los sucesivos paros nacionales que se desarrollaron.
- La no asunción del problema de la construcción de la nación. O el haberlo asumido solo desde la perspectiva de la soberanía externa (el antiimperialismo). A mi juicio, esto tiene dos implicaciones centrales: primero, el concepto de pueblo que se construye, no logra identificar las especificidades y heterogeneidades de la formación de las clases sociales en el país, producto

además de una asimilación dogmática y rígida del concepto europeo de clases sociales; y segundo, ante la crisis cultural del proyecto de nación que habían gestado las élites dominantes, se subestima este aspecto y no se logran sentar las bases para una propuesta nueva en este sentido.

- La crisis del “socialismo real”, que no solo opera como telón de fondo, sino que es parte constitutiva de la crisis del movimiento popular. Las enseñanzas y teorías emanadas de las experiencias de construcción del socialismo, fueron un componente central en el proceso de constitución del mismo.

Concluyendo, la hipótesis es que en el movimiento popular, se ha agotado una fase de su propia historia de constitución, como sujeto de acción colectiva.

V. LA SITUACIÓN ACTUAL

La situación del país al concluir la década de los 80, estaba caracterizada por lo que hemos llamado una crisis de nación. Agravada por el carácter violento que asumió la contradicción con el narcotráfico. Esta realidad nos colocó al borde de la anomia generalizada de todo el cuerpo social, sobretodo a nivel urbano y con manifestaciones más profundas en la ciudad de Medellín.

La crisis de nación opera como telón de fondo en la Colombia de hoy. Es el marco donde se está construyendo las “nuevas” (o reacomodando las “viejas”) expresiones de la dominación o articulación y confrontación de los diversos grupos sociales.

Antes de esbozar unas ideas generales al respecto, es necesario plantear algunos aspectos de la situación internacional que nos influyen de manera directa:

- El proceso de reestructuración capitalista, aprove-

chando el desarrollo que han tenido la informática y las comunicaciones, se encuentra en lo que algunos autores llaman una globalización de la economía.²⁹ La empresa capitalista encuentra su mundialización completa y estable. Este proceso se ve a nivel de las finanzas, del comercio y de la misma producción. El eje es el mercado mundial y está implicando cambios en la gestión empresarial, presiona además la apertura de las economías nacionales y una drástica reducción del Estado, es decir, todo lo somete a las reglas de la competencia y el mercado. La globalización de la economía está redibujando el mapa de las tensiones económicas internacionales y nacionales.

- Por otro lado, tenemos la crisis del socialismo real. Este hecho produce cambios en la situación política mundial. De un mundo donde los conflictos políticos estaban fundamentalmente condicionados por la contradicción capitalismo-socialismo (este-oeste), es decir el mundo era bipolar, pasamos a una realidad que, aunada con la globalización de la economía y en los marcos de la competencia capitalista, desarrolla un proceso de reestructuración de bloques de poder, o sea, una realidad multipolar. En general, esta situación va a condicionar, de manera diferente, la evolución de los conflictos políticos en todo el mundo.
- Por último, a nivel cultural, el mundo se encuentra en un debate entre modernidad y postmodernidad: por un lado en torno a la idea de progreso y los proyectos utópicos de sociedad; y de otra parte en torno a la protección del medio ambiente. De conjunto, están en cuestión la relación del hombre y la mujer consigo mismo y su vivencia en comunidad, y la relación del hombre y la mujer con la naturaleza. Por eso se habla hoy de

crisis de civilización.

Retomando nuevamente la situación del país, el hecho más significativo de la actual realidad lo constituye la promulgación de la constitución de 1991.

En la década pasada hubo un proceso de "polarización social", producto de la agudización del conflicto social y político, el cual llega a tener visos de "polarización política", sin llegarse a configurar como tal. Cuando hablamos de "polarización política", nos referimos a una situación revolucionaria, aquella situación en donde la sociedad se polariza en torno a dos proyectos políticos diferentes de sociedad y se desata una guerra civil.

Por lo general, las constituciones son producto de guerras y son el pacto que sella la victoria de alguien. La constitución del 1991, si bien fue producto de una guerra, no fue una guerra civil. Las fronteras entre lo político y lo social no era clara ni su articulación tampoco. La confrontación militar se volvió multipolar y se convirtió en un fin, las propuestas se diluyeron y se generó una degradación ética afectando el tejido social. Así, aunque no fue una guerra civil, si se desestabilizó el país. La aspiración no fue ganar la guerra, sino asegurar la supervivencia.³⁰

La Constitución del 91 entonces, no significó un cambio en la correlación de fuerzas, como hecho definitivo. Propone mas bien, condiciones para que Colombia se exprese políticamente de manera diferente. Pretende sentar bases para reconstruir el ámbito de lo público, reorientar los conflictos y reubicar los actores.

Ahora bien, las constituciones y las instituciones solo son arena para la práctica política y dependiendo de la conformación de las fuerzas sociales y políticas, puede ser copado nuevamente por los actores tradicionales. En este sentido, la recomposición del régimen político no es

un hecho concluido. Es un terreno en disputa, la cual se desarrolla teniendo presente dos condicionantes fundamentales: la crisis cultural, es decir, la ausencia de un liderazgo cultural, intelectual y moral; y de otro lado, la implementación del modelo neoliberal de desarrollo.

Dicho modelo de desarrollo es un esquema fuertemente “orientado hacia afuera” en sus expectativas y en las actividades que son seleccionadas para la modernización, pero sin el interés de extender esa apertura al conjunto de la economía. Los grandes intereses privados, externos e internos, pasan a ser los principales “agentes económicos” y en función de ello se decide el tamaño del Estado y los procesos de privatización. Se proyecta así cierta “segregación” social y económica que tratan de encubrir con la idealización de la “economía informal”.³¹

Este modelo económico se diferencia del liberalismo original, en cuanto que, “su papel económico no se concentra en la construcción de un Estado nacional sino en la articulación a una economía crecientemente globalizada... las transnacionales son el agente más dinámico del nuevo proceso y ya no se sienten a gusto como antes dentro de los marcos nacionales.”³² Por ello, dicho modelo, descansa en una alianza social significativamente más restringida que el modelo anterior.

En este contexto, la crisis actual del régimen político no es equiparable a la situación vivida durante la época de “la violencia” y la dictadura militar que le siguió. En ese entonces un simple reacomodo del régimen bastó. Hoy día la profundidad de la crisis exige cambios sustanciales.

Ahora bien, la posibilidad de una composición del régimen político³³ de largo aliento, depende de la estructuración y consolidación de los actores políticos³⁴ y ese proceso aún está por darse. Es decir no se han consolida-

do ni los propósitos generales que conciten a una parte importante de los colombianos, ni quien los lidere, ni quien cuente con la legitimidad suficiente para imponerle un rumbo sostenido al proceso.

Aunque la Constitución del 91 es uno de los marcos fundamentales en que dicho proceso se desenvuelve, ella por si sola no resuelve el asunto.

Al respecto, hay que tener en cuenta que la Asamblea Nacional Constituyente que produjo la Nueva Carta Política, fue una "Asamblea Transaccional" y en este sentido la normatividad de la Nueva Constitución tiene restricciones. Mientras que de un lado pretende fortalecer el poder legislativo, promover la participación ciudadana y los derechos humanos, por otro lado, con la no reglamentación de la Ley de Estados de Excepción y el no haber tocado a las Fuerzas Armadas, deja abierta la posibilidad de que aquellos propósitos sean anulados. Además, mientras que la Nueva Constitución demanda más y mejor Estado, la implementación del modelo neoliberal de desarrollo demanda recortarlo.

Podemos decir que el régimen político colombiano, es hoy un escenario de transición conflictiva, de un “orden” que ha perdido legitimidad y credibilidad, hacía otro que aún no tiene contenidos precisos y en donde la clave de su desenvolvimiento está en la tensión entre el cierre y apertura, exclusión e integración.

Tenemos entonces, que los partidos tradicionales se encuentran fraccionados y en una crisis de liderazgos, la posibilidad de forjar un partido de oposición esta “en veremos” y el surgimiento de una alternativa de masas democrática aún no “cuaja”. Por otro lado la izquierda tradicional se encuentra en la crisis que ya reseñamos

En general y de manera sintética, las tendencias polí-

ticas que en la actualidad se expresan son:

- Una extrema derecha que trata de construir un discurso conservador, apoyada en el gamonalismo bipartidista.
- Una posición de centro modernizante.
- Una postura de corte socialdemócrata que retoma el pensamiento liberal clásico frente al Estado y la construcción de la sociedad civil, que además, presenta debilidades e indefiniciones en el terreno del desarrollo económico, para el actual contexto neoliberal en Colombia.
- Una serie de expresiones en el movimiento social, que de manera fragmentada y local reivindican la democracia directa y la renovación de las prácticas políticas.
- Las diversas propuestas socialistas se encuentran en una crisis profunda, enfrentadas a la necesidad de recomponerse o a la marginalidad y la descomposición.

Respecto a los movimientos sociales, una aproximación a su actual realidad es:

- **El movimiento sindical:**

- La situación de la clase obrera enfrentada a la desestructuración y la heterogeneidad, además de no sentirse portadora de un modelo de recambio afecta constitutivamente al movimiento sindical.
- El sindicalismo carece de una política que signifique una alternativa de lucha y organización coherente y factible para el conjunto de los trabajadores asalariados.
- La pérdida cada vez mayor, de la capacidad de convocatoria hacia el movimiento social.
- El desarrollo significativo de nuevas formas de organización y acción en el movimiento popular, que sugiere la necesidad de redefinir el papel del sindicalis-

mo y la manera de articularse con las otras expresiones del movimiento social.

- El fracaso del proyecto de la Central de Unión de Trabajadores, CUT, que en buena medida fue una resultante de todo lo que significó el sindicalismo independiente y que surgió como alternativa de democracia, pluralismo y unidad.
- **El movimiento campesino**, manifiesta un desgaste, producto de la guerra “sucias” y de cierto cansancio por el dinamismo y beligerancia desplegado en momentos anteriores. Además, el campo (zonas rurales) es el escenario central de la confrontación armada que se desarrolla en el país, cuestión que en la actual situación dificulta sus expresiones sociales.
- **El movimiento cívico-popular** (Comités populares, cívicos, Juntas de Acción Comunal, etc.) se encuentra hoy tratando de reactivarse, aunque de manera local, alrededor de las posibilidades que abre la Nueva Constitución para la participación ciudadana.
- Existen un conjunto de **expresiones sociales**, dispersas aún, en torno a la autogestión económica y la economía solidaria y todo el movimiento cultural y político que se manifiesta alrededor de búsquedas sobre la problemática de la mujer, la juventud, los derechos humanos y la defensa del medio ambiente. Una deficiencia actual de estas expresiones, es su falta de articulación que destaquen su importancia y la potencialidad que encierran a nivel simbólico y político. Simbólico, porque representan espacios hacia la formación de nuevos referentes de identidad, y político, porque puede contribuir a la reactivación del movimiento popular en su conjunto.
- El proceso de urbanización y la ampliación de la educación vivida en las últimas décadas, ha producido una

proliferación de lo que podríamos llamar **sectores medios**, los cuales consisten en pequeños y medianos empresarios, los microempresarios y los profesionales que ya no constituyen el grupo de letrados de las élites, sino que se encuentran en todos los campos (medios de comunicación, el arte, la tecnología, la ciencia, etc.).³⁵ Este sector no tiene una expresión orgánica en la actualidad, ni se manifiesta como movimiento social en sentido estricto. Se ha venido manifestando en lo que podríamos llamar movimientos de opinión, empezando a tener una importante presencia a nivel político a través del voto de opinión, que no solo se manifiesta en la contienda electoral, sino en los plebiscitos, en manifestaciones, en las iniciativas de recolección de firmas, etc.

Aunque su postura política aún es confusa, se ha venido situando en una actitud crítica frente a las élites que han dominado en nuestro país.

VI. A MODO DE CONCLUSIÓN

La cuestión nacional, con todo lo ambigua que pueda ser, es un fenómeno que se manifiesta a nivel mundial. Dichas manifestaciones se desarrollan desde perspectivas diferentes y por causas diversas. Se expresan en:

- Las luchas de diversos pueblos contra la dominación extranjera.
- Las luchas de las minorías o mayorías étnicas contra la discriminación y por su reconocimiento.
- La búsqueda de diversos pueblos por su identidad, por construirse como sujetos políticos soberanos.
- El conflicto de las nacionalidades que actualmente se desarrolla en Europa del Este.
- A su vez, también en las posturas que reivindican un

nacionalismo a ultranza, la xenofobia y el resurgimiento de expresiones neofascistas.

En el fondo, estos conflictos expresan la crisis a la que se ve enfrentada la sociedad actual. Frente a esto y de manera tentativa, se pueden identificar los siguientes problemas:

- La sociedad actual, tiende a constituir y a cambiar las manifestaciones de identidad y los valores culturales por modelos ligados a la productividad y el consumo, produciéndose cierta **aculturización**.
- La crisis de una concepción que reivindica un carácter puramente instrumental de la sociedad, la nación y el individuo, entendido como mero sujeto de relaciones económicas. Se concibe la fundamentación de la sociedad exclusivamente sobre la base del contrato entre individuos y en donde la relación entre estos, está determinada por la razón y el interés. Se desconoce que la construcción de una voluntad general exige además la **existencia de un sentimiento colectivo de pertenencia**, de un acervo social y cultural que incide y consolida el mutuo consenso, así como también, el consenso otorga legitimidad y desarrolla el acumulado cultural de una comunidad.
- La **reivindicación de un universalismo abstracto**, que en últimas esconde los intereses y las pautas de las élites dominantes capitalistas y frente al cual habría que oponer un universalismo alternativo, basado en la variedad y en la historia particular de cada pueblo.
- Pretendemos adoptar una postura teórica, que retoma el concepto de nación, como aquellos procesos de identidad que se nutren en los propios desarrollos culturales y que son la base para la construcción de relaciones más universales de solidaridad, a partir de lo

cual es posible la construcción de sujetos políticos democráticos y populares. Es decir, la materialización de aquello que fue una de las consecuencias más importantes del advenimiento de la época moderna: el hecho de que el pueblo, el conjunto de individuos que constituyen una colectividad humana determinada, asuma un protagonismo político de primer orden.

Entendemos por lo tanto, que la cultura de un pueblo no es algo estático, sino que es un proceso de construcción permanente y que conlleva una doble exigencia: la de conservación de un patrimonio y la de apertura, lo que significa que conserva, imita, pero también crea. Se trata entonces de retomar lo que es auténticamente universal de la sociedad actual, pero no al margen de las propias tradiciones, culturas e historia. Este proceso cultural será más eficaz en la medida que mejor represente, al mismo tiempo, la singularidad y la heterogeneidad del conjunto de individuos y grupos que configuran ese pueblo.³⁶

En ese sentido, creemos que la lucha por la construcción de una identidad propia, aunada a la lucha contra la opresión económica, son las caras de una misma moneda. Significan la lucha contra el poder del Estado monopolista y contra la deshumanización de la sociedad. En últimas, representan la posibilidad de construir una alternativa frente al sistema capitalista actual.

* Teniendo en cuenta la actual situación en nuestro país, la posibilidad de reconstruir un proyecto político popular y democrático pasa por encontrar respuestas a:

- En lo político: la construcción de la democracia y la paz. Esta última entendida, no simplemente como la no violencia, sino como aquellas normas y mecanismos que permitan el procesamiento de los conflictos, en el marco de nuestra pluralidad y heterogeneidad, donde el respeto

por los derechos humanos sean el elemento fundamental de nuestras relaciones sociales y políticas.

- En lo económico: una propuesta de desarrollo, que si bien tiene que insertarse en el mundo y a lo mejor desde una perspectiva latinoamericana, recoja nuestras propias necesidades y en función de ellas, aproveche nuestros recursos naturales y nuestra rica biodiversidad.

- En lo cultural: desarrollar nuestra particular manera de asumir la modernidad. Aquel imaginario que nos lleva de un "orden recibido" a un "orden producido". Para esto es fundamental conceptualizar nuestra condición latinoamericana y colombiana, es decir, vivir un proceso de autoconciencia de lo que somos, de nuestra especificidad.

NOTAS

- * El presente documento hace parte del diseño investigativo para el seguimiento y análisis permanente a la realidad política del país, proyecto que se desarrolla actualmente en el Instituto Popular de Capacitación. Ponencia presentada en Seminario de "La Maestría de Salud Pública" de la Facultad de Enfermería de la U. de A., octubre de 1993.
1. El presente documento es de carácter hipotético, por lo tanto, lo expresado no es producto de una investigación sistemática del tema. Simplemente refleja procesos de exploración, un punto de partida para desarrollar una investigación y seguimiento permanente a la realidad actual del país. Por ello, algunos juicios emitidos no están suficientemente argumentados y es posible que se omitan hechos que sean trascendentales para el tema tratado. Además, algunos conceptos teóricos, en la medida que requieren ser recreados, aparecen débilmente sustentados (El concepto de Estado para América Latina, por ejemplo). El artículo "La América Errada" del brasileño Francisco Weffort, así como el ensayo "La nación: problemas teóricos e históricos" de Edelberto Torres Rivas, fueron la fuente fundamental de inspiración, para la realización de esta hipótesis.
 2. Citado por: Weffort, Francisco. La América Errada. Revista Foro. Bogotá, No. 15, 1991, pág. 96.
 3. Ibid, pág. 99.
 4. Pizarro, Eduardo. Colombia hacia una salida democrática a la crisis nacional?. Análisis Político. Bogotá, No. 17, pág. 42.
 5. Estas ideas fueron retomadas de Hannah Arendt. Nos parece que el trabajo y la conceptualización que ella construye, son útiles para interpre-

- tar las actuales realidades en el mundo. Ver: Arango López, María Olga. Acción Política y condición humana en Hannah Arendt. Bogotá, Revista Filosófica de la Universidad Javeriana, 1990.
6. Beriain, Josetxo. Representaciones colectivas y proyectos de modernidad. Barcelona: Editorial Anthropus, 1990.
 7. Zemelman, Hugo., Cultura y Política en América Latina. En: Vuskovic, Pedro (comp). América Latina hoy. México: siglo XXI, 1990.
 8. Jáuregui Bereciartu, Gurutz. Contra el Estado-Nación. En torno al hecho y la cuestión nacional. España: Siglo XXI, 1986.
 9. Ibid, pág. 110.
 10. El concepto de pueblo lo entendemos como una relación histórica y que se constituye a través de la política. Al respecto dice Camilo Castellanos: " el pueblo es siempre el resultado de un complejo de procesos culturales y políticos, pero por encima de todo, de la hegemonía que lo delimita. Es decir, el pueblo es resultado de la capacidad de imprimirle un rumbo ético y político al conjunto de la sociedad". Castellanos, Camilo. A la nueva República le falta el sujeto. En: Colombia: Análisis al futuro. Bogotá: Cinep, 1992, pág. 28.
 11. En general, la mayoría de ideas para la construcción del concepto de nación, aquí, proviene de: Torres Rivas, Edelberto. La nación: problemas teóricos e históricos. En: Lechner, Norbert (comp). Estado y Política en América Latina. Mexico: siglo XXI, 2 ed., 1983. pág. 87-132.
 12. Jáuregui Bereciartu, Gurutz. Op. cit. pág. 180.
 13. Torres, Edelberto. Op. cit. pág. 87-132.
 14. Weffort, Francisco, Op. Cit. pág. 99.
 15. Zambrano, Fabio. La invención de la nación. Análisis, No. 3, Cinep, 1989.
 16. Ibid.
 17. Leal Buitrago, Francisco. Estado y Política en Colombia. 2 ed. Bogotá: Siglo XXI, 1989. En general, las ideas de este autor son ampliamente retomadas, sobre todo los capítulos III y IV.
 18. He aquí uno de los problemas con que se enfrentan las diversas teorías del Estado en América Latina: la relativa indiferenciación que se presenta entre el Estado (como principio de cohesión social) y el régimen político (terreno de representación de intereses específicos de diversos grupos sociales).
 19. López de la R, Fabio. Cultura Política de las clases dirigentes en Colombia: permanencias y rupturas. Controversia, 162-163, Bogotá, Cinep, 1990.
 20. Ibid.
 21. Bambirra, Vania. El capitalismo dependiente latinoamericano. 10 ed. Mexico: Siglo XXI, 1985, pag.31-68.
 22. Corredor, Consuelo. Los límites de la modernización. Bogotá: Cinep, 1992.
 23. Esta expresión es tomada de Gustavo Gallón Giraldo, ver: Gallón G., Gustavo. La República de las armas. Bogotá: CINEP, Controversia No. 109-110, 1983.
 24. López, Fabio. Op. cit.
 25. Sobre el tema, existe mucha bibliografía. Un resumen actualizado se encuentra en: García, Mauricio. Procesos de Paz: De la Uribe a Tlaxcala. Bogotá: Cinep, 1992.
 26. Uprimmy, Rodrigo y Vargas, Alfredo. La palabra y la sangre: violencia, legalidad y guerra sucia. En: Palacio, Germán (comp). La irrupción del paraestado. Bogotá: Cerec y ILSA, 1990.
 27. Esta realidad contribuyó a la proliferación de los estudios regionales, lo cual es positivo, pero consideramos que es necesario desarrollar simultáneamente el estudio de la perspectiva nacional. Es decir, creemos que el verdadero problema consiste en cómo a partir de las particularidades regionales se estructura lo nacional. No solo porque las regiones están hoy día más intercomunicadas económica e infraestructuralmente, sino porque existen actores nacionales constituidos que tienen propuestas y se enfrentan en diversos espacios regionales.
 28. López, Fabio. Izquierda y Cultura Política colombiana 1919- 1939. Análisis, No. 4, Cinep, 1990.
 29. Restrepo, Luis Alberto. El contexto internacional y los conflictos armados. En: Colombia: Análisis al futuro. Bogotá, Cinep, 1992.
 30. Castellanos, Camilo. Op. cit.
 31. Vuskovic, Pedro. La crisis en América Latina. Un desafío continental. Mexico: Siglo XXI, 1990.
 32. Dos Ríos, Azucena. La reforma del Estado. Para no dejar escapar la modernidad. Colombia Hoy, No. 110, 1993.
 33. También es posible la inestabilidad permanente, como consecuencia de un régimen que no logra recomponerse, y una política alternativa que no logra imponerse. De esta forma se prolongaría la situación de crisis, la desintegración social que se ha vivido.
 34. Es bueno anotar que las élites dominantes en nuestro país, sobre todo desde el Frente Nacional, no han asumido diferenciaciones de manera radical en el terreno de las proyecciones económicas. Las diferenciaciones a este nivel han estado en medidas concretas que afectan intereses a corto plazo de sectores dominantes. En esta situación han incidido dos elementos: la dependencia y la manera como se sitúan frente a ella, y cierta mentalidad de conquistador, cierta lógica del enriquecimiento rápido, la búsqueda de ganancia inmediata y sin mayores perspectivas, la elección de la producción más inmediatamente rentable, etc. Ahora bien, a nivel político si se expresan con mayor nitidez diferencias, incluso porque muchos intereses económicos, dependen más de situaciones políticas que de medidas económicas.
 35. Sandoval, Fabio. ¿Comienza a decaer la República autoritaria?. En: Colombia: Análisis al futuro. Bogotá: CINEP, pág. 48, 1992.
 36. Buena parte de las ideas de este punto son retomadas de: Jáuregui B., Gurutz. Contra el Estado-Nación. En torno al hecho y la cuestión nacional. España: Siglo XXI, 1986, pág. 159-197.

ÉTICA CATÓLICA Y ÉTICA CIVIL

Jorge Andrés Hernández Vásquez
Abogado
Docente Universidad de Antioquia

*“Mi Medellín, capital del odio, corazón
de los vastos reinos de Satanás”*

*Fernando Vallejo
La Virgen de los Sicarios*

“El ethos de la crítica, tiene una sustancia política revolucionaria de alcance más profundo, pero de acción y efecto más lentos y difíciles que cualquier revolución armada”.

Esta frase de Rafael Gutiérrez Girardot, que postula el poder de las ideas y del espíritu humano como gobernantes de la realidad, constituye, no sólo una reivindicación del pensamiento ilustrado y, más específicamente, de su hijo crítico, esto es, Hegel, sino también la denuncia de la inmovilidad del país nuestro, rezagado, estanco y carente de circulación de ideas.

Tal juicio, puede orientar muchos análisis sobre los problemas colombianos, para superar la mentalidad del colonizado que oscila entre la aceptación acrítica de las teorías extranjeras o el rechazo a priori de las mismas. Las dos actitudes testimonian un complejo de inferiori-

dad y la incapacidad para ser autónomos, de someter al propio juicio y razón las diversas producciones del espíritu humano.

La Ética parece tener hoy, su cuarto de hora dentro del pensamiento occidental. Los horrores producidos por el hombre en este siglo —el holocausto nazi, el conflicto nuclear, el fracaso de los modelos llamados socialistas, el desastre ecológico y las violaciones de los derechos humanos— han ocasionado un escepticismo, que se opone a aquella confianza depositada por los ilustrados en la capacidad racional del hombre para hacer un mundo más humano. Sin abandonar la racionalidad, pero ante la urgencia de abocarse a problemas prácticos de la humanidad, las mentes filosóficas contemporáneas se han dedicado a construir teorías, que permitan justificar racionalmente las normas éticas o modos de establecer consensos normativos en una sociedad secularizada y anómica, para sólo citar dos tipos de propuestas.

Estas deliberaciones, que responden a problemas históricos muy precisos de la historia europea, ha sido recibida sin beneficio de inventario por la tradicionalmente acrítica intelectualidad colombiana. Es el caso de la recepción de dos construcciones teóricas en el campo de la filosofía moral, como son las desarrolladas en la Teoría de la Justicia de Rawls y la Ética Discursiva de Habermas y Apel.

John Rawls, en su última obra, *Liberalismo Político*, desecha la pretensión universalista de su obra fundamental, *Teoría de la Justicia* y ahora circunscribe su propuesta a sociedades que tengan “condiciones razonablemente favorables”, esto es, características sociales y culturales que permitan la afirmación de la prioridad de las libertades básicas individuales. Inscribe entonces su propuesta

en el contexto de una democracia liberal como la norteamericana que, según él, heredó de la Reforma protestante el concepto de tolerancia, ausente en nuestra tradición hispano-católica.

De modo similar, Jürgen Habermas, reconoce que su propuesta de la Teoría de la Acción Comunicativa y de la Ética Discursiva -desarrollada también por Karl Otto Apel- presupone una sociedad altamente industrializada y una enorme complejidad social, esto es, sociedades europeas occidentales.

En otras palabras, no puede leerse a Rawls y a Habermas, como parece estar sucediendo, de manera descontextualizada. Su indiscutible valor teórico no puede evitarnos el esfuerzo de pensar, quizá en diálogo crítico con ellas, nuestra propia especificidad dentro del mundo occidental. Pues lo que se advierte es un cambio de escapularios: de los diversos marxismos de cartilla, seguidos antes con fervor dogmático y eclesial, se ha pasado al liberalismo político, pero de modo acrítico.

Aún no hemos analizado nuestra historia, nuestra tradición, para dilucidar las posibles causas de nuestro vacío ético-social, de nuestra incapacidad para una vida civil y ciudadana. Por lo tanto, me propongo esbozar la relación entre Modernidad y Reforma como presupuestos fundamentales de la sociedad liberal que posibilita una ética civil, de la cual carecemos (I), para luego delinear el nexo entre un catolicismo hispánico contrarreformista y el tipo de sociedad que hemos construido: intolerante, corrupta y excluyente (II).

I. ÉTICA CIVIL

En su obra fundamental, “*La ética protestante y el espíritu del capitalismo*”, el sociólogo alemán Max Weber,

dilucidó la conexión entre la postura ética de la Reforma y el establecimiento de un capitalismo liberal y racional. En la introducción, Weber, especifica el carácter del capitalismo frente a otras épocas: siempre ha existido “afán de lucro”, “tendencia a enriquecerse”, pero “el capitalismo debería considerarse precisamente como el freno o, por lo menos, como la moderación racional de este impulso irracional lucrativo”.¹

Weber, detalla la manera cómo el capitalismo produce un tipo de racionalidad asociada al trabajo y a la ganancia que, pese a impulsar el deseo desmedido de los hombres por enriquecerse, permite que tal tipo de egoísmo no conduzca a la autodestrucción, a la lucha de todos contra todos. Este capitalismo tiene, pues, un soporte ético que, aún generando desigualdades entre los hombres, permite la estabilidad y una vida social relativamente pacífica.

Tal soporte lo proporciona el protestantismo, que señala el trabajo y la adquisición de riquezas como modos de enaltecer a la divinidad. La Reforma eliminaba también el enorme poder que tenían las instituciones eclesiales sobre la vida, para inaugurar una autoridad que se trasladaba al interior del individuo. Mientras la riqueza era despreciable para el hombre precapitalista, así como dedicar una vida en su consecución, esto es, trabajando sin tregua, los protestantes pensaban que el trabajo y la riqueza eran el medio para la salvación religiosa:

“Lo absolutamente nuevo era considerar que el más noble contenido de la propia conducta moral, consistía justamente en sentir como un deber el cumplimiento de la tarea profesional en el mundo”.²

El protestante se alejaría cada vez más de una postura extramundana. Pese a seguir creyendo firmemente en la

divinidad, pensaba que cumpliendo las tareas puramente terrenales agradaba muchísimo a Dios. Todo esfuerzo laboral, toda profesión lícita tenía ante Dios el mismo valor. Ello generaría, de acuerdo con Weber, un hombre que trasladaría la visión ascética y monástica al propio mundo, ó, en otras palabras, abandonaba la vida contemplativa por una vida activa. Dice Weber:

“Sebastián Frank supo ver la médula de esta forma de religiosidad, cuando dijo que lo propio de la Reforma estuvo en convertir a cada cristiano en monje por toda su vida. Con esto se pusieron barreras a la huida ascética del mundo y a partir de entonces, las naturalezas más serias y apasionadamente interiores que antes habían proporcionado al monacato sus mejores figuras, viéronse obligados a realizar sus ideales ascéticos en el mundo, en el trabajo profesional”.³

La vida profana, en tanto consagración a Dios, se convierte en una vida sistemáticamente ética, pues cada acto determina el acto de la salvación o la condenación. Se considera que la dilapidación del tiempo, la pereza y la adquisición de riquezas para llevar una vida ociosa y cómoda son pecados inadmisibles.

Tal concepción ética, amante del trabajo y de la riqueza, legalizaba el afán de lucro desmedido de la época burguesa y le ponía freno. Un sistema económico que invitaba a un “sálvese quien pueda” era amortiguado por la estructura moral reformista. Reforma, Modernidad y Capitalismo se ajustarían perfectamente: un mundo profano, en el cual hay que luchar y trabajar; el conocimiento, mediante la razón humana, de las leyes que gobiernan el universo, antes condenado en el medioevo, pues eran el testimonio de un hombre altanero y soberbio que se homologaba con Dios; la posibilidad de ser feliz en este

mundo y, por tanto, de transformarlo de acuerdo con las necesidades de los hombres; la tolerancia que supone el aceptar otras cosmovisiones religiosas y el elevamiento del hombre a una categoría casi divina, lo que daría pie a la formulación de los derechos humanos individuales.

La relación entre Reforma y Modernidad se expresa muy adecuadamente en la figura de Kant, procedente de una tradición pietista luterana, quien traduciría filosóficamente los logros de la época: la defensa de la autonomía y de la libertad del hombre, quien es un fin en sí mismo y cuya dignidad es inviolable; la igualdad de los seres humanos y la tolerancia que debe reinar entre los hombres en materia religiosa.

La vida moderna y urbana, nihilista, anómica y generadora de criminalidad y de diversos problemas sociales, no fue óbice para construir estados garantistas, modernos y con una protección de los derechos humanos individuales.

Ya el siglo XX, por supuesto, fracturaría esta mentalidad burguesa orientada al trabajo, tal como lo han señalado por distintas vías el sociólogo Daniel Bell y el historiador argentino José Luis Romero, con el imperio del hedonismo que inauguran las rebeliones juveniles de la posguerra.

En todo caso, el capitalismo europeo unido a su presupuesto ético reformista, permitió que el egoísmo burgués fuera puesto al servicio de la sociedad, por paradójico que parezca. Otro sería el proceso generado por el capitalismo con rezagos feudales que imperaría en las sociedades hispano-católicas.

II. ÉTICA CATÓLICA

“Donde reina el catolicismo romano, existe guerra desde Portugal hasta Italia, pero donde vive la libertad de

la iglesia evangélica hay paz”, señalaba muy lúcidamente Hegel en sus *Lecciones sobre filosofía de la historia*. Pero lo que aquí afirmase el gran pensador alemán en los comienzos del siglo XIX, conserva una asombrosa vigencia para los países hispanoamericanos en el siglo XX.

La historia que ha devenido a partir de la derrota del sueño bolivariano, originada en la mezquindad y el particularismo de las élites criollas, tal como lo ha descrito García Márquez en “*El General en su laberinto*”, está marcada por la violencia, la intolerancia y la corrupción.

En un artículo, el sacerdote jesuita y ex-director del CINEP, Francisco de Roux⁴, comentaba (en afirmaciones en una conferencia en Tokio) su dificultad para explicar por qué una sociedad tan católica como Colombia, era a la vez tan irresponsablemente criminal. De Roux, enfatizaba en que se había quedado sin argumentos para explicar cifras tan escandalosas de homicidios y violaciones de los derechos humanos, pese a que había sociedades con mayor pobreza y caos institucional y político. Pero su estupefacción deja el problema irresuelto. Sin pecar de reduccionistas, esto es, reconociendo los factores económicos, sociales y políticos como agentes de la violencia, la intolerancia y la corrupción, cabe realizar un análisis sobre la influencia de la catolicidad en la construcción ética de la sociedad colombiana. Si nuestro primer acercamiento a un orden normativo ético, viene regulado desde la infancia por la religión católica, el por qué somos tan poco éticos, tan autodestructivos?

A mi juicio, creo que podemos desarrollar las hipótesis de trabajo apenas esbozadas por Gutiérrez Girardot, para demostrar la relación directa entre la mentalidad católica y la ausencia de una ética civil en Colombia. El mismo Francisco de Roux explicaba en otro artículo, in-

titulado *El precio de la paz en el vacío ético y social*, que la dificultad ética contemporánea de Colombia, consistía en la falta de una ética civil que obligara a cumplir las normas antes acatadas como mandamientos divinos. Sin embargo, cabe plantear si tales normas fueron en realidad acatadas como norma general y si no es el mismo catolicismo el que impidió una ética civil en Colombia cuando participó tan activamente en la violencia liberal-conservadora?

Max Weber, en el texto antes citado, califica al catolicismo como religión fundamentalmente extramundana, esto es, reticente al trabajo, a la consecución de riquezas y a la acción constante en el mundo. Su desprecio por los bienes de este mundo, radicalizando la escisión platónica entre mundo sensible y mundo suprasensible, lo llevaría a defender una vida contemplativa, pues la vida mundana es efímera, un tránsito a la verdadera vida en Cristo. La salvación, por lo tanto, no se logra con el cumplimiento de los deberes en este mundo, tal como sucede en el protestantismo, sino en la huida de él y de sus placeres. San Ignacio lo constata en una carta:

“¿Acaso el dejar esta miserable y breve vida tanto monta, que no estéis preparado a conmutarla por la feliz y eterna, oyendo a Cristo que dice: Quien ama su vida, la pierde, y quien aborrece su vida en este mundo, la guardará para la vida eterna?...”⁵

No sobra recordar que la Compañía de Jesús fue precisamente la punta de lanza de la Contrarreforma, el tipo de doctrina que educó éticamente a los hispanoamericanos, unida a las enseñanzas propagadas por el Catecismo del Padre Gaspar Astete, en el cual se advierte también un tratamiento despectivo del orden mundano. Si se comprende que este tipo de catolicismo se unió a la mentalidad

dogmática hispánica, heredada del islamismo y a una concepción "sanchesca" del mundo, esto es, conseguir riquezas sin trabajar, sin esfuerzo, y que el resultado de estas confluencias fueron introducidas en el proceso de colonización, se comprenderá el tipo de sociedad construida.

La concepción ética del catolicismo hispánico, ejemplificado en el padre Astete, se limitó a un sistemático control de las pasiones eróticas humanas. No se prepara al individuo para los tiempos modernos, para una vida urbana secularizada caracterizada por la anomia social, por el nihilismo.

La Iglesia católica y las élites criollas, con sus rezagos feudales hispánicos, despreciaron e imposibilitaron la construcción de un poder civil como el representado por el Estado, por ser efímero y temporal. La educación, en manos de la Iglesia, se encargó precisamente de formar buenos católicos y no buenos ciudadanos, como lo reconoce de Roux:

“Lo que parece haber centrado la preocupación de la Iglesia fue el desarrollo de la civilización católica y de la comunidad religiosa. Lo importante para la Iglesia era hacer buenos católicos y eso no coincidía necesariamente con hacer buenos ciudadanos. Por eso, normas importantísimas de la vida ciudadana, como disposiciones sobre el contrabando y la tributación o el manejo de los dineros públicos por los funcionarios de turno, podían pasarse por alto, sin incurrir en pecado, siempre y cuando se cumplieran los dictámenes de Dios y de su iglesia”.⁶

El resultado yace a la vista: funcionarios corruptos, élites políticas y empresariales que permitieron el ascenso social de los narcotraficantes; sectores clesiales que negocian con los carteles de la droga; sicarios devotos que se santiguan antes de lanzarse al acto homicida. To-

das esta figuras sociales son, sin embargo, católicas. Las únicas instituciones aparentemente incólumes, típicas de un orden feudaloides, son la Iglesia y el Ejército, que se han erigido como obstáculos para la construcción de una sociedad racional, moderna y pacífica.

La introducción del capitalismo en esta sociedad generaría una violencia inusitada. Pues no habían soportes éticos que amortiguaran el efecto del crecimiento de ciudades que son meros agregados de grupos sociales.

La ciudad latinoamericana, como ha señalado José Luis Romero, se convirtió a partir de la industrialización de los años 30, en un espacio anómico, sin vínculos sociales entre los individuos, sin normas homogéneas, sin frenos para el desborde de los instintos. Habría sólo ghettos incomunicados entre sí, hombres desarraigados de origen campesino que huían de la violencia y que la transmitían a sus hijos.

Medellín sintetiza esta relación entre un fuerte catolicismo y una estructura social anómica. Una ciudad con más de 170 iglesias, es decir, una para cada 10.000 habitantes y a la vez el reino de la muerte, la señora que preside la cena y no una mera invitada, como decía Alberto Aguirre. El desprecio por la vida que pregonaron los medievales, Tomás de Kempis, San Ignacio, el Padre Astete, se cristaliza en la eliminación sistemática de los seres humanos, que se convierten en medios para el logro de los propios fines individuales, en mercancías desechables. La vida es un "valle de lágrimas", un tránsito miserable y despreciable. Y si mi vida carece de valor, como lo expresa el sicario, ¿cómo puedo entender que debo respetarla como un bien supremo?

¿Por qué el catolicismo convive tan fácilmente con la criminalidad? Una posible causa podemos encontrarla en

la permisibilidad del catolicismo, en comparación con el protestantismo.

Weber, explica que en el calvinismo "ya no se habla de la católica (...) oscilación entre el pecado, el arrepentimiento, la penitencia, el descargo y la vuelta a pecar; ya no establece para la vida un saldo expiable por penas temporales y cancelables por los medios eclesiásticos de la gracia. De este modo, perdió la conducta moral del hombre medio su carácter anárquico e insistemático, sustituido ahora por una planificación y metodización de la misma".⁷

El catolicismo permite una vida llena de pecado pero expiable al final, con lo cual se introduce una postura doble frente a la vida, confiando en la ilimitada capacidad de perdón de la divinidad.

Un Profesor de Psicoanálisis de la Universidad de Antioquia, Mario Elkin Ramírez, ha señalado que para los sicarios la imagen divina es femenina, esto es, la Virgen María, pues el padre está ausente en la familia y en el orden simbólico. La virgen aparece como tolerante y protectora:

"Esa reunión simbólica de la Virgen y la madre está asociada a la permisibilidad, la tolerancia y el compromiso filial hasta el final".⁸

Permisibilidad y tolerancia con los asuntos civiles, mientras no se quebranten los dogmas. Fernando Vallejo, narra en "*La Virgen de los sicarios*" que un sicario se confesaba de "acostarse" con la novia, pero no de las 10 o 15 muertes de las que era responsable. Quizá no parezca extraño entonces, que la última Encíclica del Papa condene radicalmente el aborto, pero admita algunos casos en que sería admisible la pena de muerte.

Se trata en últimas, de someter a la crítica nuestra

orientación ética, pues habría que recordar, como pensaba el ahora olvidado Marx, pero vigente como pensador y no como profeta, que "la crítica de la religión es la premisa de toda crítica".

Hegel, su indudable maestro, también pensaba que toda revolución era imposible sin una emancipación de la conciencia. Por lo tanto, todo proyecto ético de sociedad debe pasar previamente por la asimilación crítica de nuestra propia tradición y sólo así será superable históricamente la barbarie y el mediocre país que nos han construido.

NOTAS

1. MAX WEBER. *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. Barcelona: Península, 1979, p. 9.
2. *Ibid.*, pp. 88-89.
3. *Ibid.*, p. 155.
4. FRANCISCO DE ROUX, *El escándalo del cristianismo colombiano*, El Colombiano, Medellín, 12 de febrero de 1995, p. 1-E
5. SAN IGNACIO DE LOYOLA. *Obras Completas*. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 1963, p. 108.
6. FRANCISCO DE ROUX, *El precio de la paz en el vacío ético y social*, Revista Universidad de Antioquia No. 210, Medellín, p. 12.
7. M. WEBER, *op. cit.*, p. 149.
8. ALONSO SALAZAR, *Las bandas juveniles en el Valle de Aburrá*, cit. por MARIO ELKIN RAMIREZ, *Madre santa, hijo perverso*, *Lecturas Dominicales*, El Tiempo, 12 de marzo de 1995, p. 11.

LA POLÍTICA EN TIEMPOS DE INCERTIDUMBRE*

María Teresa Uribe de Hincapié
Profesora Investigadora,
Universidad de Antioquia

Los fenómenos que acompañan la vida política colombiana en la última década, se han interpretado, en buena parte, como expresiones de una crisis de hondo contenido, de larga duración y de vastas proporciones frente a la cual todavía no se evidencian salidas viables y posibles.

El carácter de la crisis, su naturaleza y sus manifestaciones en la deslegitimación del Estado, en el accionar de los partidos, en los alcances de la democracia o en las restricciones y desfases del sistema político, se analizan desde el ámbito interno, desde la particularidad de la nación colombiana, pero pocas referencias se hacen sobre procesos similares de corte global o sobre cambios significativos en la esfera de lo político que afectan también a otros países de Latinoamérica y del mundo occidental en su conjunto.

Esa vocación de insularidad y de aislamiento, esa fascinación cuasinarcisista con nuestra propia imagen, tan presente en la intelectualidad colombiana, quizás nos ha

* Artículo tomado de la revista "Estudios Políticos" de la U. de A. N° 4. Julio - Diciembre de 1993. pp. 13-26.

llevado a sobrevalorar la crisis, a pintarla con colores más apocalípticos o a percibir catástrofes donde lo que puede estar ocurriendo es la conformación de un nuevo orden político aún no reconocido como tal. Por ello, en estos tiempos de incertidumbre, es pertinente desarrollar algunas reflexiones en torno a las variaciones y los cambios que en este fin de siglo han ocurrido en occidente, con relación al ámbito político en dos campos específicos: el lugar del Estado y la redefinición de las fronteras entre lo político-público y lo privado-social.

I. EL LUGAR DEL ESTADO

Dice Marcelo Cavarozzi¹, que la crisis motivada por la deuda externa latinoamericana, ocurrida en la primera mitad de la década de 1980, significó el agotamiento de la *matriz estadocéntrica* que fue sustituida por la *matriz sociocéntrica*. Es decir, aquella matriz en la que el Estado era el aparato central, en torno al cual giraban las otras instituciones del sistema político, fue reemplazada por una, en la cual, la dinámica del sistema como conjunto se desplazó hacia la sociedad civil y hacia el mercado, convirtiéndolos en principios estructurantes del acontecer político.

Para Norbert Lechner², la crisis del Estado como centro aglutinante del poder público, asociada con la caída de los regímenes autoritarios del Cono Sur, trajo como resultado la recuperación de la sociedad civil y la renovación de las prácticas y los alcances de la democracia.

Algunos autores europeos como Fernando Reinares, Claus Offe y Nicolás López Calera, relacionan la pérdida de centralidad del Estado en los sistemas de capitalismo avanzado, con la crisis de los estados de bienestar o del modelo de Estado intervencionista.³

“La década de los ochenta va a marcar un punto de inflexión esencial en la evolución del Estado (...) y se pondrán en práctica recetas de desmantelamiento del capitalismo de bienestar y de retorno a un capitalismo centrado en el mercado.”⁴

James O'Connor en los Estados Unidos y Jürgen Habermas en Alemania, explicaban esta situación como efecto de la crisis de gobernabilidad, ocasionada por el incremento de las demandas sociales ante el poder estatal y su disminuida capacidad de respuesta, lo que se manifestaba en la dramática deslegitimación de los estados modernos de capitalismo avanzado.⁵

La caída del muro de Berlín y el derrumbe de “los socialismos realmente existentes”, fuertemente estatizados, confirmaban que los tiempos de la matriz estadocéntrica estaban llegando a su fin.

La matriz estadocéntrica, a la que hoy se le decreta la muerte desde la derecha neoliberal y la izquierda post-marxista, se configura jurídicamente, tanto en Colombia como en otros países de América Latina, en las reformas constitucionales del decenio de 1930. La del año 36 en el caso colombiano.

Los perfiles más destacados de las transformaciones que redefinieron el lugar y la centralidad del aparato estatal, estuvieron determinadas por la función intervencionista del Estado en la economía, por la regulación de los mercados, sobre todo el de la fuerza de trabajo, por la adopción de modelos sustitutivos de industrialización con apoyo decidido del Estado y de estrategias arancelarias y fiscales de corte proteccionista, en fin, por el acentuamiento del papel del Estado en la promoción del desarrollo y en el fortalecimiento de los mercados internos. A partir de esta coyuntura el aparato estatal se convierte en

el nuevo sol del universo de lo político y se redefinen, como dice Cavarozzi, las maneras y los modos de hacer política, instaurando *un patrón estatista de politización*.

Este patrón estatista de politización se refiere no sólo a la centralidad del Estado en el sistema, sino también a que éste acota y encierra entre sus propios límites a las esferas de lo político y de lo público e imprime su lógica particular a las múltiples relaciones y tensiones que se desarrollan en la sociedad civil. Como sostiene Niklas Luhman, “el Estado fue el punto de referencia capaz de dotar de sentido a todos los conceptos políticos y a la política misma.”⁶

En Colombia, las transformaciones inducidas por la matriz estadocéntrica y su patrón estatista de politización, fueron múltiples, complejas y contradictorias, pero pueden esquematizarse en los siguientes puntos:

- Un creciente número de actividades económicas y sociales comenzaron a gravitar en la órbita del Estado y a depender cada vez más de la intervención pública, de las políticas y de las regulaciones dictadas desde el aparato estatal, configurándose lo que ha dado en llamarse la macrocefalia del Estado.
- El eje del poder y la capacidad de decisión se desplazó hacia la rama ejecutiva y hacia la administración central, con la consecuente pérdida de representatividad del Congreso y la disminución de los recursos institucionales y de inversión a disposición de las administraciones locales y regionales.
- Se debilitó el sistema de partidos en lo que tiene que ver con su capacidad para organizar y entretener los intercambios políticos, para acordar los consensos requeridos para la legitimidad del Estado y para articular en sus estructuras a las grandes mayorías sociales,

creando una crisis de representatividad de vastas proporciones, cuya arista más evidente es el persistente abstencionismo electoral.

- El sistema de partidos se subordinó al ejecutivo central y, como contrapartida, se presentó una creciente influencia de los gremios económicos en el diseño de políticas y programas acordes con sus intereses específicos.
- Se limitaron las prácticas políticas y ciudadanas a una de sus dimensiones: la electoral, y se generó una creciente dependencia de los recursos institucionales y presupuestales concentrados en el Estado para llevar a cabo las prácticas políticas. El modelo clientelista y la corrupción que de allí devienen, influyeron profundamente tanto en la pérdida de legitimidad del Estado como en la pérdida de identidad partidista; pero lo más significativo fue la despolitización resultante de este proceso y el surgimiento de verdaderos “mercados electorales”.
- Las respuestas a las demandas de las grandes masas urbanas y rurales empezaron a depender cada vez más de la gestión del gobierno central, acentuándose los problemas de gobernabilidad que han afectado tradicionalmente a los Estados latinoamericanos.
- El patrón de politización estatista afectó también el desarrollo de prácticas democráticas y de cultura política, al propiciar el surgimiento de una mentalidad paternalista y asistencialista en las mayorías sociales, o en su defecto, la adopción de estrategias disruptivas, por fuera de los canales institucionalizados de relación entre el ciudadano y el Estado, que iban desde los paros cívicos y las marchas campesinas, hasta la lucha armada.

En Colombia, la instauración de la matriz estadocéntrica y su vigencia por algo más de media centuria, no estuvo asociada, como lo piensan algunos neoliberales criollos, con un alto grado de dirigismo estatal, con un fuerte intervencionismo o con un gran despliegue de políticas sociales orientadas hacia el bienestar. Por el contrario, lo que en realidad operó fue una alta discrecionalidad por parte del ejecutivo central⁷ y una cierta flexibilidad pragmática en el manejo de la política económica. En lo que al bienestar se refiere, en nuestro medio no habría Estado para dismantelar, pues, contrario a lo que sucede en el capitalismo avanzado, el gasto social ha sido mezquino, por decir lo menos, y las políticas sociales una quimera. Las altas tasas de pobreza y de necesidades básicas insatisfechas, convierten en retórica la pregunta por un Estado de bienestar en Colombia.

Más que a los efectos de un virtual e imaginario intervencionismo estatal o a las sobrecargas en el presupuesto debidas al gasto social, los efectos de la matriz estadocéntrica sobre el sistema político colombiano están asociadas con lo que Cavarozzi llama un "patrón estatista de politización", que, a la postre, produjo efectos despolitizantes al privatizar lo público y al convertir al Estado en un aparato débil, proclive al uso de la fuerza y de la violencia e incapaz de mantener una forma de control social distinta al uso de la fuerza. Paradójicamente, la matriz estadocéntrica no contribuyó a consolidar el Estado, como sí ocurrió en los países de capitalismo avanzado, sino que lo debilitó por la vía del patrón estatista de politización.

Resulta interesante constatar que las manifestaciones de la crisis política en diferentes países, culturas y sociedades, presentan aristas similares a las que se han identificado para el caso colombiano. Offe, señala la creciente

incapacidad de los Estados modernos y desarrollados de Europa para resolver las sucesivas crisis económicas, lo que se expresa en graves problemas de ingobernabilidad. Según este autor, el sistema político como conjunto está acompañado de "(...) elevadas dosis de desconfianza cuando no de rechazo hacia las instituciones y componentes básicos del sistema democrático (partidos, líderes, elecciones) (de) una preocupante desvalorización de lo público y una creciente despolitización de la vida social."⁸

Reinares, refiriéndose a los partidos en las naciones modernas y desarrolladas, plantea lo siguiente:

"El acusado descenso de los sentimientos de identificación partidista, la descomposición de los alineamientos partidistas tradicionales o el incremento de la volatilidad electoral, constituyen sólo los exponentes más inmediatos de una importante crisis de los partidos que, en último término, radica en su incapacidad para seguir siendo plataformas creadoras de identidad social y expresión de los intereses políticamente representables."⁹

Este preocupante proceso de despolitización y declinación de lo público en las democracias modernas, ha sido analizado con gran lucidez por Nicolás Ténzer, quien afirma:

"Esta crisis global de nuestras sociedades y que sólo en su globalidad puede ser comprendida realmente es ante todo política. Esta crisis política es crisis de la capacidad para resolverse a sí misma; desemboca en una crisis social, la sociedad no se percibe ella misma de manera coherente y es progresivamente incapaz de construir su unidad y en una crisis cultural por haber perdido el individuo sus marcos de referencia y sentirse perdido en el vasto mundo."¹⁰

Los postmodernos, a su vez, enfatizan en la pérdida de sentido, en la declinación de las ideologías, en la muerte de la razón con sus metadiscursos y, sobre todo, en la declinación del Estado y de lo público. El desencanto y la desesperanza inducen a los individuos a abandonar la esfera de la política para refugiarse en el mundo privado y el ámbito de lo doméstico: "parece que no hay nada qué hacer y hay que volver a casa." ¹¹

Existen, pues, varias coincidencias en la percepción de la crisis política tanto en Colombia como en otros países del mundo occidental:

- Se trata de una crisis estatal, del Estado de bienestar para unos, del patrón de politización estatista para otros o de una crisis global, cuya primera y más importante expresión se presenta en el Estado.
- Existe relativo acuerdo sobre sus perfiles más visibles: crisis de gobernabilidad, crisis de representatividad y crisis de identidad política y de cohesión social.
- Existe consenso sobre los efectos de la crisis política en la sociedad como conjunto: el fraccionamiento de los poderes, la pérdida de sentido colectivo de los individuos, la descomposición del tejido social y el surgimiento de pequeñas identidades étnicas o nacionalistas, que apelan cada vez más a prácticas no convencionales de manifestación social, entre ellas, la violencia.

Lo anterior, muestra que la crisis política colombiana hace parte con sus especificidades, de un fenómeno más global que afecta a otras naciones latinoamericanas, a los países desarrollados con sistemas democráticos sólidos e incluso a los países del Este alineados en torno al socialismo estatalmente administrado.¹²

Estos ejes comunes están poniendo de presente el agotamiento de un sistema político, que gravitó sobre un

centro aglutinante: el Estado y que transita como, dice Cavarozzi, hacia otra matriz política: la matriz sociocéntrica. Nos encontramos frente a la disolución de un orden político y la refundación de otro, cuya dinámica se localiza en el vasto y desconocido campo de la sociedad civil.

II. ¿DESPOLITIZACIÓN O REFUNDACIÓN DE LA POLÍTICA?

Las preocupantes muestras de crisis del patrón de politización estatista son percibidas como algo caótico, desordenado y, según los postmodernos, apocalíptico, finalista y casi escatológico. Sin embargo, lo que se acusa como caos parece ser más bien el advenimiento de otro orden político a partir de la refundación y reconstrucción de esta esfera de la vida real. Se trata de la pérdida de centralidad del Estado en la órbita de lo político y su descentramiento y desplazamiento hacia la sociedad civil.

Si hoy la política no se hace en y por el Estado, ¿esto significa que ella desapareció? ¿Se despolitizó la sociedad? ¿O acaso la política habita ahora en otros espacios y otros lugares no reconocidos, ni totalmente institucionalizados? Quizá la impresión de caos y de desorden esté anunciando el advenimiento de una nueva matriz de corte sociocéntrico.

El desplazamiento hacia una matriz sociocéntrica redefine el sentido de la política y replantea prácticas, organizaciones, modalidades, discursos y acciones que, por carencia de reconocimiento, se mantienen en una cierta penumbra y en esa franja gris e indeterminada que separa las esferas de lo político y lo social, pues la política reconocida institucionalmente y con efectos sobre la estructura pública y de toma de decisiones, sigue siendo aquella que se desarrolla en la matriz estadocéntrica, en el siste-

ma de partidos y en la expresión electoral.

En Colombia, como en el resto de América Latina, ese tránsito inconcluso y difuso hacia la matriz socio-céntrica se expresa en el surgimiento y consolidación de:

- *Identities políticas no partidistas* desarrolladas en torno a una condición de género (las mujeres), a un rol privado (los ancianos, los jóvenes, los homosexuales), a una categoría social (minorías étnicas, pobladores urbanos o colonos), o a valores universales que apelan al sujeto como miembro del género humano (pacifistas, defensores de la naturaleza o de los derechos humanos).
- **Nuevas organizaciones**, definidas más por el movimiento que por la estructura, que no se enmarcan en el sistema de partidos ni en estructuras orgánicas y permanentes, sino que mantienen altos grados de flexibilidad y desregulación.
- *Nuevas pautas de acción política*, más cercanas a las formas directas de la democracia, que se orientan hacia la participación social y ciudadana para la definición de prioridades locales o sectoriales sin pasar por la mediación de los partidos ni por el proceso electoral.
- *Estrategias de acción política por fuera de los canales institucionales electorales y representativos*, esto es, acciones no convencionales que van desde las formas directas como la protesta ciudadana, las manifestaciones, las marchas y los paros cívicos, hasta las acciones concertadas y pactadas entre agrupaciones sociales o bien de éstas con los entes gubernamentales; los movimientos sociales no tienen en general una propuesta sustitutiva del régimen político, sino más bien un interés por influir sobre las decisiones de las élites políticas y del Estado, en aquellos aspectos que son de

interés para esos movimientos.

- Finalmente, *se redefinen los ámbitos territoriales* de ejercicio de poder mediante el establecimiento de gobiernos intermedios o “messogobiernos”, que coinciden con localidades, regiones o etnicidades, caracterizadas por una fuerte identidad cultural o social, lo que en la práctica socava de alguna manera los Estados centrales y los ámbitos nacionales.

Los nuevos movimientos sociales, cívicos, ciudadanos, de género, étnicos, locales y regionales, ponen en jaque la centralidad del Estado, el sistema de partidos, los mecanismos institucionales de la representatividad y los canales formales de la participación, politizando al mismo tiempo la sociedad civil. Ello no significa el establecimiento de un nuevo centro gravitacional, de un nuevo sol que alumbre y le otorgue un sentido unívoco al acontecer político de la sociedad, sino que, por el contrario, los centros se multiplican, los actores y sus prácticas se pluralizan y las maneras de hacer política se reinventan; es decir, se instauro un nuevo patrón de politización: el societal.

La constitución de un *patrón de politización societal*, se manifiesta en nuevas concepciones sobre la democracia. Se insiste en las autonomías, en los autogobiernos, en la participación ciudadana en todos los ámbitos de la vida social, en la descentralización del poder y en el fortalecimiento de las democracias locales y regionales. Se intenta, desde este propósito democrático, la transformación de prácticas socioculturales jerárquicas, verticales y autoritarias, para lograr la aceptación de las diferencias, la tolerancia y el respeto mutuo. Estas nociones desbordan las concepciones tradicionales sobre el Estado y se alojan en el espacio vasto de la sociedad civil.

Este nuevo ideal democrático está ligado con las estrategias neocontractualistas: pactos sociales y ciudadanos suscritos entre “pares” entre iguales, a través de los cuales se establecen consensualmente las reglas de juego y los propósitos susceptibles de generalizarse para lograr espacios mínimos de convivencia social.

No se trata ya de tener una idea sustantiva de la democracia con contenidos fijos o de pensarla como un fin en sí misma, sino de asumirla como un proceso continuo que transforma todos los espacios públicos y privados, políticos y cotidianos, en la búsqueda incesante de las promesas incumplidas de la ilustración: la emancipación, la libertad.

Sin embargo, aún quedan muchos interrogantes por resolver frente a esta matriz sociocéntrica: ¿hasta qué punto esta politización descentrada y sus portadores, los movimientos sociales, van a lograr extender su influencia hacia las cúpulas del poder? O, ¿acaso se prevé la desactivación de su potencial de cambio paralelamente a su progresiva institucionalización?

Además, cabría preguntarse si este socavamiento del Estado y la recuperación ambivalente de la sociedad civil, coincide con las propuestas neoliberales de más mercado y menos Estado. ¿Dónde residen las diferencias con estas propuestas y cuál sería el perfil emancipatorio, libertario, de cambio y justicia social que tendría este paradigma alternativo? ¹³

III. LA REDEFINICIÓN DE LAS FRONTERAS DE LO POLÍTICO

La emergencia de una matriz sociocéntrica y la consecuente politización de la sociedad civil, han redefinido el ámbito y las fronteras de lo político, no sólo entre las

esferas de lo público y lo privado, sino también entre lo que se considera como propio de ésta —la política— y su diferenciación con relación a lo económico o a lo social. En otras palabras, ¿cuál sería ahora la frontera o el límite que diferencia estos campos del hacer humano, pues cada vez se hacen más difusos e indeterminados?

En el viejo modelo de la matriz estadocéntrica, el ámbito de lo político y de lo público eran más visibles y reconocibles, no sólo porque estaban delimitados jurídica e institucionalmente, sino porque las identidades políticas se aglutinaban unívocamente en torno al sistema de partidos, con sus modelos de acción y representación de intereses colectivos. Además, los proyectos políticos estaban orientados fundamentalmente hacia la conservación del Estado. Bajo este modelo, entonces, lo público y lo estatal terminaron por coincidir.

El descentramiento del sistema político, la politización de la sociedad civil, el surgimiento de identidades políticas diversas y no partidistas, así como las prácticas no convencionales de acción y manifestación, diluyen las fronteras entre lo público y lo privado y confunden los espacios de lo socioeconómico y lo político. De alguna manera la presencia de los movimientos sociales, con su fuerza renovadora, han contribuido con estas redefiniciones aún inconclusas.

IV. LA DINÁMICA DE TRÁNSITO DE DOBLE VÍA ENTRE LO PRIVADO Y LO PÚBLICO

Una característica interesante de la vida colombiana de los últimos años, tiene que ver con la inscripción en lo público de actores, temas y expresiones socioculturales consideradas históricamente como pertenecientes al ámbito privado. Esta irrupción contribuye con el cuestiona-

miento a las relaciones de poder y expresa un gran potencial movilizador y convocante, aunque podría decirse que el logro más importante ha sido someter al debate y a la reflexión pública asuntos que no tenían ese carácter, es decir, le ha otorgado *sentido político* a conflictos privados y sociales, se ha ampliado el ámbito fenoménico de la política¹⁴ y se han redefinido los límites difusos entre aquello considerado como político y lo que no lo es.

Los movimientos feministas y de homosexuales, por ejemplo, han conferido sentido político y estatus público a prácticas culturales desarrolladas en el ámbito de lo doméstico, que fueron considerados como temas de la cotidianidad y, por tanto, intrascendentes o como temas tabú sobre los cuales no se hablaba.

Estos movimientos han dotado de identidades políticas a los actores que representan y a quienes se sienten convocados por ellos. Hoy, hacen parte de la agenda de las discusiones políticas, son objeto de propuestas y contrapropuestas, así como de programas y proyectos de los diferentes gobiernos. De esta manera, conflictos privado-sociales son traducidos a un lenguaje político-público y se enmarcan en la maraña que sostiene la trama política del mundo occidental.

Igual cosa podría decirse de las agrupaciones cristianas o de grupos religiosos minoritarios, portadores de creencias y valores diferentes y a veces, contradictorios con el catolicismo dominante. Pese a los procesos de secularización recientes y a la consagración de la libertad de cultos en la nueva Constitución, en Colombia, la Religión Católica siempre ocupó el espacio público y estuvo tan imbricada con la política que se confundió con ella, por ejemplo, al jugar un papel destacado en la definición ideológica de las plataformas políticas de los par-

tidos tradicionales.

Pese a que la libertad religiosa para las agrupaciones no católicas estaba circunscrita al mundo de lo privado, a ese fuero interno o íntimo donde el individuo definía libremente su relación con lo trascendente y lo espiritual, hoy los movimientos cristianos irrumpen en el espacio público y en la esfera política, poniendo de presente sus tensiones y conflictos de todo orden con un sistema sociojurídico considerado excluyente y discriminatorio.

La presencia pública y política de estos grupos, no tiene como objetivo someter a debate el corpus de creencias y doctrinas que ellos portan, o confrontar los principios teológicos y religiosos del catolicismo. Por el contrario, sus metas son más pragmáticas y más políticas: incidir en la toma de decisiones, obtener alguna parcela de poder político, representar los intereses de los asociados y revertir su acción hacia la sociedad en forma de mandatos vinculantes que obtengan obediencia y respeto.

Los movimientos étnicos y las identidades asociadas con la pertenencia a grupos culturales, que por mucho tiempo habían sido excluidos del derecho a la Nación, son otra expresión bien significativa de la politización de los conflictos sociales y del carácter público que estas agrupaciones han logrado obtener en los últimos años en Colombia. Conflictos considerados hasta hace poco como de la esfera social y ligados con la lucha por la tierra, con las protestas por los desalojos y atropellos a su cultura, sus creencias y su cosmogonía, irrumpen en la esfera política y, por esa vía, amplían el reconocimiento a sus derechos, a la otredad y a la pluralidad en la cultura, en la sociedad y en la Constitución colombiana.

La presencia pública y el quehacer político de los movimientos sociales, es un acontecimiento de dimensio-

nes incalculables, quizá tan importante como lo fue en su momento la irrupción del movimiento obrero en el contexto del Estado liberal, que trajo consigo modificaciones de envergadura en el sistema político, abriéndoles paso, no sólo al estado social de derecho y a los modelos intervencionistas y de bienestar, sino también a las tesis comunistas y a las respuestas fascistas que enmacaron el acontecer político de Occidente en el último siglo.

Sin embargo, no todo movimientos social asume per se el carácter político, ni éste le es otorgado por el espacio donde se desarrolle o por la metas y propósitos que se fije. Como dice Colom González:

“Sólo aquellos motivos que de la mano de actores individuales o colectivos hubiesen luchado en cada momento por su reflejo jurídico institucional y por una aceptación pública, podrían aspirar con derecho a caer bajo una catalogación específicamente política.”¹⁵

La política, pensada como el espacio público del conflicto, se nutre de las tensiones, divergencias y confrontaciones desatadas en el ámbito socioeconómico, en otras palabras, se nutre de lo prepolítico y retorna allí bajo la forma de legislación y acciones gubernamentales, bajo la forma de represión abierta o mediante una combinación de ambas.

La dimensión política de actores, movimientos, organizaciones y conflictos no está definida de antemano, su carácter no es fijo y permanente, sino que está dado en términos de *una lucha por el reconocimiento*, por el discurso y la acción en el ámbito de lo público, por la confrontación de ideas e intereses en ese contexto, por las acciones y reacciones del Estado o de otros actores políticos, en fin, por las estrategias de inclusión-exclusión que se despliegan.

La lucha por el reconocimiento define el carácter político o prepolítico de los actores y los movimientos y el tránsito entre lo privado y lo público. La dinámica inclusión-exclusión, las rigideces y las flexibilidades de las estructuras jurídico-institucionales para aceptar actores y conflictos en el ámbito público, delimitan parcial y precariamente las esferas del hacer humano al trazar las fronteras o límites entre ellas.

Si bien la política carece de contenidos fijos y las fronteras entre lo público y lo privado siempre han sido laxas y poco definidas, la instauración de *un patrón despolitización societal*, está variando los límites entre lo político y lo que no es y está pluralizando y complejizando los actores, las identidades políticas, las temáticas y las modalidades de acción y participación a través del cambio de eje público-privado.

Si aceptamos que la política no tiene contenidos fijos, es presumible que el flujo ocurra también en sentido contrario, es decir, que asuntos considerados tradicionalmente como públicos, pertenecientes a la órbita del Estado, se eclipsen, se privaticen y pasen a pertenecer a esa esfera de los intereses particulares, corporativos y prepolíticos. De hecho, este proceso se ha venido dando en Colombia, pero también en muchos países del mundo occidental.

Durante la vigencia de la matriz estadocéntrica, la economía fue esencialmente política y pública. En el escenario actual, bajo la propuesta neoliberal, se pretende devolverla a las libres fuerzas del mercado, convertirla en un asunto privado de empresarios grandes y pequeños que se disputan, sin reglamentaciones e interferencias estatales o políticas, su lugar en un mercado internacional en expansión. Bajo este presupuesto, el Estado se deshace paulatinamente de sus empresas de servicios para de-

jarlas en manos de particulares y las precarias políticas asistenciales y sociales construidas pacientemente durante la vigencia del Estado social de derecho —salud, educación, vivienda, recreación—, pasan a ser asumidas por entidades privadas o por grupos de economía solidaria, cuyo lugar es la esfera de la sociedad civil.

Así, la dirección de la economía y el protagonismo en la gestión del desarrollo, que fueron hasta hace poco pilares importantes del Estado y objetos de debate público y político por excelencia, transitan hacia la esfera privada que se convierte en un gran mercado de intercambios múltiples regido por la mano invisible, tal como lo soñara Adam Smith.

Esta estrategia de privatizaciones o, mejor, de tránsito de la esfera pública a la privada, ha incursionado en espacios considerados intocables y prohibidos para particulares, como por ejemplo el de la justicia, mediante lo que se ha llamado la desregulación, la “desjuridicación.”¹⁶ Ante la ineficacia de la justicia y del Estado en su conjunto se propone, en delitos y contravenciones de menor cuantía, favorecer alguna forma de contractualismo privado, de acuerdo voluntario entre las partes, de conciliaciones entre actores sin transitar por los juzgados y los tribunales.

V. LA POLÍTICA ESTÁ EN OTRA PARTE

En suma, asistimos a un flujo de doble vía, en el cual aquellos asuntos tradicionalmente considerados como privados o prepolíticos, irrumpen en la esfera pública y adquieren un carácter político que antes no tenían. A su vez, elementos constitutivos de la esfera pública y estatal se privatizan e ingresan en el vasto campo de lo “no político”.

Se trata de procesos inconclusos que se desarrollan y expresan a diferentes ritmos y cuyos impactos no son iguales. Lo más confuso de este proceso es, que mientras lo político instituido y enmarcado en normas jurídicas, que se corresponde con la matriz estadocéntrica y con el patrón de politización estatista, ostenta señales de crisis profunda, la revitalización de lo político, la dinámica de lo público, los nuevos actores portadores de prácticas distintas y las identidades políticas que se aglutinan en torno a la lucha por el reconocimiento, se desarrollan en otra parte, en una matriz nueva, virtual, parcialmente reconocida e institucionalizada.

La matriz sociocéntrica y el patrón de politización societal que induce, están modificando el universo político, su viejo centro y sus fronteras. Sin embargo, ésta no logra el reconocimiento institucional y su reflejo jurídico es aún fragmentario y difuso, como fragmentarias y difusas son las aproximaciones teóricas, las categorías filosóficas y los análisis políticos que se han desarrollado sobre estos aspectos.

Quizá por ello, más que frente a una crisis política de ribetes apocalípticos y finalistas, nos encontramos frente a una crisis de interpretación y aprehensión de los cambios y transformaciones del Estado y del sistema político; crisis de interpretación referida al análisis de nuevos fenómenos mediante viejos referentes, antiguas gramáticas y tradicionales ritos. El desorden y el caos que algunos analistas proclaman como el signo de los tiempos se debe, en parte, a la incapacidad de reconocer un orden diferente que surge de las entrañas del viejo y a la ausencia de códigos, señales, referentes y sentidos para leer e interpretar la nueva imagen que proyecta lo político en su conjunto.

NOTAS:

1. Marcelo Cavarozzi. "Transformaciones de la política en América Latina contemporánea". En: *Análisis Político*. N° 19. Santafé de Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales, mayo-agosto de 1993. p. 25-37.
 2. Norbert Lechner. *Los patios interiores de la democracia*. Santiago de Chile, Flacso, 1988. p. 21-45.
 3. Al respecto véase: Fernando Reinares y Jorge Bendicto. *Transformaciones de lo político*. Madrid, Alianza, 1992. Claus Offe. *Transformaciones en el Estado de bienestar*. Madrid, Alianza, 1990. Nicolás María López Calera. Yo, el Estado. Madrid, Trotta, 1992.
 4. Fernando Reinares. *Op. cit.* p. 19.
 5. James O'Connor. *La crisis fiscal del Estado*. Barcelona, Península, 1981. Jürgen Habermas. *Problemas de legitimación en el capitalismo tardío*. Buenos Aires, Amorrortu, 1975.
 6. Niklas Luhman. *Teoría política en el Estado de bienestar*. Madrid, Alianza, 1993. p. 21.
 7. Daniel Pécaut. *Orden y violencia: Colombia 1930-1954*. Bogotá, Cerec-Siglo Veintiuno, 1987. p. 285-303.
 8. Claus Offe. *Op. cit.* p. 17.
 9. Fernando Reinares *Op. cit.* p. 24
 10. Nicolás Tenzer. *La sociedad despolitizada*. Barcelona, Paidós, 1992. p. 29.
 11. Nicolás María López Calera. *Op. cit.* p. 29.
 12. J. Keane. *Democracia y sociedad civil*. Madrid, Alianza, 1992. p. 17-51.
 13. Al respecto véase: Claus Offe. *Partidos políticos y nuevos movimientos sociales*. Madrid, Sistema, 1988.
- El interés de este trabajo no es hacer un balance crítico de los movimientos sociales, sino más bien rescatar las transformaciones de la política, el paulatino desdibujamiento de la matriz estadocéntrica y su patrón de politización estatista así como las transformaciones que esto ha implicado tanto en Colombia como en otros países del mundo occidental.
14. Francisco Colom González. "Sobre la concepción de la política: racionalidad, espacio público y categorías de poder". *Suplementos*. N° 28. Barcelona, Anthropos, 1991.
 15. *Ibid.* p. 134.
 16. Nicolás María López Calera. *Op. cit.* p. 26.